

# Historias hamletianas

Variaciones sobre la obra *Hamlet* de Shakespeare

J.A.  
Forteza





Editorial Sekotia  
C/. Gamonal 5  
28 031 Madrid, España

© Copyright José Antonio Fortea Cucurull  
Impresión en 2004, Editorial Dos Latidos  
Publicación en formato electrónico, octubre 2015, Editorial Sekotia

[www.fortea.ws](http://www.fortea.ws)

# Versión para tablet

Versión 2

# Historias hamletianas



José Antonio

Fortea



# Capítulo 1

EL JOVEN PRÍNCIPE HAMLET SE DETUVO UN MOMENTO PARA CONTEMPLAR las bellas llanuras de Holsfeldgrind. Llanura y más llanura, aburrida, tediosa, invadida por la bruma, bosques densos a lo lejos. Algún día sería monarca de aquellas heladas tierras. Como agobiado por el peso de un pensamiento, se llevó el dedo pulgar e índice al entrecejo. La losa de la duda le oprimía. ¿Cuánto puede llegar a pesar una duda? Dando media vuelta se introdujo con paso decidido en la fortaleza de Grinstedborg. Le rodeaban el condestable del castillo y dos barones. Los tres hombres caminaron hasta el lugar donde el grupo de nobles y potentados del lugar le estaban esperando para darle la bienvenida. Alrededor de los próceres, el vulgo villano contemplaba la escena en absoluto mutismo. Campesinos, peones del tablero. Siempre pululaban por ahí, por todas partes.

Una sonrisa de agradecimiento se dibujó en el alargado rostro del príncipe. Una fugaz sonrisa en medio de aquella tez blanca como la nieve. Algo parecido, por fin, a una sonrisa en medio de aquellas dos mejillas encendidas. El viento agitaba sus pelos lacios de un rubio casi blanco. Los nobles se saludaban con fuertes palmadas. Saludos fríos, sin calor humano, pero con unas palmadas que hubieran derribado a cualquier otro no habituado a los entrenamientos de la guerra. Aquellos hombres estaban acostumbrados en sus entrenamientos a golpear con aquellas espadas de seis kilos de peso, hechos a las largas marchas, habituados a soportar pesados petos sobre el pecho. Los saludos eran vigorosos; los rostros glaciales como el tiempo. Algún que otro copo de nieve arrastrado por la ventisca helada cruzaba veloz esta escena del amplio patio de armas. El viento, inmisericorde, chocaba contra sus manos y sus cejas rubias.

—Príncipe Hamlet —continuó el condestable con su voz grave y poderosa que resonaba en todo el patio de armas—, el condado de Dramenvanger protesta su fidelidad a vuestro padre Harald, su firme fidelidad. Nuestro hombro estará junto a su hombro.

—Nos honramos de contar esta fortaleza bajo nuestros estandartes —contestó con sequedad el príncipe.

El condestable, andando junto al príncipe, proseguía sin prisas y rostro serio explicando la lealtad de aquellas tierras al nuevo rey y a toda su sangre. ¿Se puede explicar la lealtad? En cualquier caso, creíble o no, su voz era formidable. Era la voz de alguien habituado a hablar desde su caballo a las turbas armadas.

Se incrementaba el número de copos que caían sobre sus rostros algo enrojecidos por la temperatura. En medio de aquel tiempo escandinavo, aquella bienvenida tenía un aire de funeral. El joven príncipe había tenido que soportar en el plazo de un año la muerte de su padre y la boda de su madre con el nuevo monarca, el hermano de su difunto padre. Rápida boda por cuestiones de Estado. Una boda que aquietara la creciente ansiedad de los barones.

Meses antes, sentado en la cocina frente a la lumbre, comiendo en silencio frambuesas cerca de la vieja cocinera que le estaba asando una pierna de cordero, ésta había interrumpido su mutismo para comentar, como quien no quiere la cosa: *Los rumores bullen por el reino, como los goblins hormiguan por los espesos bosques oscuros.*



AQUELLA NOCHE SE LES OBSEQUIÓ A LA VEINTENA DE NOBLES LLEGADOS con una cena regia. Poderosos del reino habían ido llegando a lo largo del día, no todos; tampoco se pretendía convocar a todos. Fuera, la nieve caía

con toda la fuerza de una venganza invernal, pero dentro del salón del banquete la chimenea estaba atiborrada de gruesos tarugos. En ese salón de alto techo de madera, reinaba una agradabilísima temperatura, un leve olor a álamo que arde, y un fuerte olor a carne de ciervo asada. Los sirvientes traían tablas de madera rectangulares, a modo de bandejas, con salmones asados. Otros, sobre grandes platos redondos, dejaban sobre las mesas empanadas que alegraban la vista de los comensales.

—¿De qué están rellenas? ¿De zanahorias? –gritó un fornido, pero también algo obeso, caballero de impresionante barba rubia trenzada.

—De cebolla, sangre e hígado de oveja –le gritó un cocinero no menos fornido que el soldado.

El caballero le hizo un gesto de que no la dejara lejos. El sirviente se la acercó y el comensal partió un trozo con las manos. Todos comían con las manos; el único cubierto usado en aquella mesa era el cuchillo para cortar algunos trozos. La cerveza era la única bebida que corría por las mesas, ni siquiera las mujeres bebían agua.

El príncipe parecía haber abandonado sus sombríos pensamientos de la mañana, aunque todavía se hallaba bastante taciturno y dejaba que otros hablaran mientras él paseaba su mirada por la sala. Los juglares entraron hacia el final, cuando los siervos iban ya con su jofaina atendiendo a los comensales que querían lavarse las manos. Pues ni mantel ni servilletas había sobre las largas mesas.

Los inmensos perros, grandes dogos, de pelaje blanco y manchas negras, iban de un lado a otro, según los comensales les iban arrojando las sobras de sus platos. El capellán de la fortaleza se retiró. Aquel clérigo serio de cabeza tonsurada nunca se quedaba hasta muy tarde, tenía por costumbre levantarse tempranamente. Había mirado al príncipe Hamlet desde su lugar de la mesa antes de levantarse. Le hubiera gustado acercarse a decirle que estuviese tranquilo. Pero no tenía confianza para ello. Además, estaba rodeado de nobles gritando a los perros. No era el



mejor momento. Tampoco hubiera sido sincero decirle que estuviese tranquilo con ese ambiente denso.

Se esperaba que mañana llegara la Reina, a pesar de la nieve. Y un par de días después, el rey Christian. Allí en la fortaleza de Grinstedborg, el Rey proclamaría ante la nobleza lo que ya era público, que su sucesor en el trono sería el príncipe Hamlet. El Rey contaba ya cincuenta y tantos años y la corte, aunque sabía que podía procrear más varones, no confiaba en la edad de la Reina. Tiempo ha, el rey Christian, cuando todavía no se había sentado en el trono, tuvo dos hijos, mas los dos murieron de distintas enfermedades en la flor de la edad. Ahora los nobles pedían que, dada la situación, el monarca dejara bien clara la sucesión para evitar luchas por el trono una vez que falleciera.

Pero el príncipe Hamlet, aun riendo y bromeando, se hallaba atormentado por las dudas.

—Guildestern –murmuró Hamlet-, ¿qué te parece?

—¿Qué me parece el qué?

—Lo que te pregunté hoy por la mañana.

—Ah, eso. Pues yo creo que pase lo que pase, nosotros debemos continuar con la vida. La vida sigue.

—¿La vida sigue? –repitió Hamlet en voz baja con desprecio, incluso con una cierta incredulidad ante una respuesta que le parecía execrable.

—Sí –respondió Guildestern, tirando un hueso a un perro adormilado.

—¿Vivir en paz? –replicó el príncipe con descreimiento, moviendo la cabeza.

—Sí, a los cuarenta años de edad también se puede morir de un día para otro.

—Uno se acuesta robusto como un roble, y se levanta muerto como una rana muerta. O más bien no se levanta –el tono de Hamlet era de escepticismo, de cruel ironía.

—No deberíamos hablar de estas cosas aquí, en este lugar.

—No temas; mientras nuestro amable Amundterson siga bailando entre los bufones, es como si estuviéramos solos.

Guildestern contemplaba admirado los bailes del condestable en medio de las dos largas mesas. El condestable había bebido más cerveza que tres primitivos vikingos juntos. Y, en un momento dado, Amundterson y otros dos nobles tan ebrios como él saltaron en medio de la sala mientras todos los comensales les jaleaban golpeando con sus puños las mesas.

Todo aquello no sólo no les parecía indigno, sino que otro conde más se acabó uniendo al baile, haciendo más tonterías que el condestable. El respeto se ganaba no por el semblante grave, sino por los soldados con que uno podía contar en el campo de batalla. Cuando tienes los caballeros, puedes hacer el tonto tanto cuanto te plazca. Tanto los que estaban en el centro de la sala bailando como los nobles que les jaleaban eran hombres habituados a las marchas y a la guerra, sabían lo que importaba y lo que no. Entre ellos sabían quiénes eran verdaderos soldados y quiénes eran meros cortesanos. Entre ellos se conocían y se respetaban.

—¿Podéis asegurar, podéis poner vuestra mano en el fuego –inquirió Guildestern con cierto tono de burla- al afirmar que vuestro tío fue el asesino?

La pregunta había sido formulada en voz bajísima. Y la respuesta fue ardorosa pero casi musitada.

—¡Yo no lo afirmo!

—¡¡Ah!! –sentenció con complacencia Guildestern, extendiendo su dedo índice.

—Yo ni afirmo ni dejo de afirmar. Me sorprendió mucho la repentina muerte de mi padre. Pero son cosas que a veces pasan. A los rumores acerca de que él fue el asesino no les presto atención, porque los rumores son sólo rumores. Pueden crecer de la nada y volver a la nada. Vuelven al aire que los engendró. Se extienden como el rocío, vuelan como el viento, pero suelen ser la nada. Aunque algunas veces son algo.

—Ya, ya.

—Pero la boda con mi madre ha sido algo que no me esperaba. Además ya sabes que mi padre y mi tío siempre se llevaron muy mal. Y en el último año peor que nunca. ¿Por qué mi madre se casó con él? Es algo que nunca podré averiguar. Sin embargo... te aseguro que si Christian lo mató, le vengaré.

—¿Prefieres perderlo todo por... satisfacer un agravio?

Asintió con la cabeza.

—Aunque pierda el reino entero, aunque pierda la vida le vengaré.



AQUELLA NOCHE SIGUIÓ NEVANDO, PERO SIN INTENSIDAD. LA NOCHE ERA fría, pero lo que realmente resultaba gélido era el silencio que inundaba la llanura. La fortaleza de Grinstedborg parecía una isla rodeada de un mar de silencio. Era como si el silencio rodease esas torres y esos muros. Un silencio invernal en el que sólo se oía a lo lejos el ulular de la lechuza blanca.

La nieve reverberaba la glacial luz de la luna. Dos sombras, dos hombres fuertes y viejos al lado de las almenas se encaminaban hacia sus aposentos en la fortaleza. Cubiertos de pieles, con vaho en sus bocas, sin farol, a la luz de la clara luna. Antes de acostarse, el condestable divisó

algunos lobos adentrándose en lo profundo del bosque, hacia el noreste. El condestable se volvió hacia el baron Trohennson, abrió completamente los grises ojos saltones en su gorda cara y dijo:

—Mañana algún rebaño tendrá varias ovejas menos.

Lo dijo con pena. De joven había matado muchos lobos.

El barón siguió andando, apoyándose, de tanto en tanto, en las almenas.

—¿Sabes que se dice que el príncipe Hamlet está loco? —comentó con sequedad el barón.

Los ojos tan grises del condestable le miraron fíjamente; su cara era indescifrable para el barón.

—A mí los asuntos de la corte me traen sin cuidado —contestó el condestable, meneando sus manos y después frotando sus dedos entumecidos-. El Rey está muy lejos. En estas tierras manda mi conde. Quien se ciña la corona de los daneses es cosa que me importa menos que los lobos que hoy se comerán algunas ovejas o que quizá matarán alguna vaca.

—Se dice que el rey Harald, que en gloria esté, no falleció de muerte natural.

El condestable miró con fijeza al barón. Después hizo un gesto como queriendo decir: ¿quién puede saberlo ya?

—¿Te has fijado en que el príncipe y su amigo se han quedado solos hablando en voz baja hacia el final de la cena? —le preguntó el barón.

—Sí, es un joven de pensamientos oscuros. Como el mar que entra en una gruta de un fiordo y pierde su color claro.

El condestable hizo pasar al barón al aposento que se le había asignado. De inmediato, con prisa, cerró la puerta detrás de él para que no entrase más frío. Era una habitación cálida con paredes recubiertas de telas pintadas. Debajo estaban los establos que calentaban el suelo de madera.

El barón había llegado por la tarde y dejó allí ya sus cosas. Equipaje que se reducía a una gruesa capa, una pelliza de lana para los viajes, una larga y pesada espada y un sombrero de tela recia y piel que le cubría la nuca y las orejas. Estos soldados viajaban ligeros de equipaje. El condestable iba a desearle que descansara bien, pues quería acostarse cuanto antes, pero el barón le dijo:

—Tenemos que hablar un rato.



AL MEDIODÍA DE LA MAÑANA SIGUIENTE SE DIVISARON LOS ESTANDARTES reales, desde el torreón ya era visible la comitiva. Un palmo de nieve sobre la tierra no detenía a los caballos de un rey. El Rey llegó rodeado de cuatro obispos y dos abades, y tras ellos los nobles que se habían unido a la comitiva regia en la cercana Shuschjald. La misma ceremonia de recibimiento que había tenido lugar el día de antes con el príncipe se iba a repetir en el patio de la fortaleza.

El caballo blanco del Rey se detuvo. El monarca descendió con cara severa; la que siempre tenía. Como mandaba el protocolo, el primero en saludar al monarca fue su sobrino. El príncipe Hamlet se adelantó y sus ojos azules chocaron con los ojos azules del monarca. Durante un segundo, tío y sobrino cruzaron en silencio las miradas. Después se dieron unas varoniles palmadas y la presentación de nobles discurrió como siempre.

Pero había bastado un momento de silencio antes de los enérgicos y rotundos abrazos, para que ambos hombres leyeran sus pensamientos en la

mirada. Un instante tan breve como inacabable en el que el Rey leyó en los ojos de su sobrino la duda de si el hombre que tenía ante sí era el asesino de su padre. Un instante en el que Hamlet leyó en los ojos de su tío la seguridad de que en el príncipe habitaba esa duda.

¿Sabrá que sé que es el asesino?

¿Sabrá que soy el asesino?

¿Sabrá que no sé si es él un asesino?

¿Sabrá Hamlet que no estoy seguro si él ya sabe todo?

En medio de la recepción, los corazones de ambos parecieron helarse. Pero nadie lo percibió, el encuentro de esos ojos claros había durado un segundo, los saludos continuaban su ritmo habitual, la vida seguía. Nadie había percibido nada o todos habían hecho como que no se habían percatado de ese brutal choque de miradas.

Mientras el Rey abrazaba a sus barones, el príncipe besaba el anillo de los prelados. El vulgo contemplaba en silencio la escena. Nunca habían visto a un rey ni a tantos señores juntos ni a tantos prelados. Aunque estos últimos estaban cubiertos con sus gruesas capas y no se distinguían por ninguna ropa talar. Los clérigos venían de montar a caballo todo el día y vestían como los caballeros. Pero se distinguían porque sobre sus ropas, fueran cuales fueran, llevaban colgando una cruz pectoral de distintas formas y metales, pero que claramente les identificaba. Si se hubieran quitado los gorros, también hubieran sido visibles sus tonsuras. Pero el vaho de sus bocas era tan abundante que no invitaba a sacarse ningún gorro.

Las nubes oscuras, negras, cargadas de nieve se cernían por septentrión. En menos de una hora, caería una gran nevada. Si la comitiva hubiera salido una hora más tarde, hubiera tenido que refugiarse en cualquiera de las aldeas del camino. El Rey, antes de calentarse junto al hogar, se volvió hacia los villanos y les saludó alzando regiamente la

mano. Los varios cientos de siervos del lugar le aclamaron con gritos guturales, gritos muy bárbaros, mientras él se dirigía hacia el fuego.

Un rato después, el condestable subía los peldaños de una gran escalera, para mostrarle al rey Christian su aposento. Era sólo una habitación y de medidas reducidas para conservar mejor el calor. Los barones y tres miembros de la corte les seguían. En parte por curiosidad por ver cómo era la habitación que le habían asignado al Rey. Christian, en el momento justo en que iba a atravesar la puerta de su estancia, se detuvo y se volvió.

—¡Príncipe Hamlet! —exclamó el Rey.

El príncipe, que se había detenido un instante a saludar a la altísima y tímida condesa de Holsberg, se giró y dirigió la vista hacia su padraastro.

—Mi querido hijo —y el monarca apoyó el brazo sobre los hombros del joven mientras le empujaba a entrar hacia el calor de la habitación—, te voy a enviar a nuestros dominios de Inglaterra.

Hamlet puso cara de sorpresa.

—Tus familiares me han dicho que siempre te había hecho ilusión visitar esos señoríos.

El Rey, que andaba agarrando a Hamlet por los hombros con su fornido brazo, le empujó afablemente a que se sentara. Había una especie de banco de piedra que recorría todos los muros de la habitación. El banco estaba cubierto con largas esteras rellenas de lana. Los cinco barones del Rey, amigos íntimos suyos, se sentaron sin que él hiciera ningún gesto de invitación. La habitación era pequeña y los siete hombres llenaban casi todo el espacio. El condestable y los demás se despidieron. Dos inmensos perros, los favoritos de dos barones, también entraron en la habitación tumbándose en el centro.

—Hamlet, Hamlet –repitió cariñoso el monarca, volviéndole a poner el brazo sobre los hombros. Después le miró con más seriedad, quitó el brazo y continuó:

—Verás nuevas tierras. Las que ganamos con nuestra sangre. Te envío para que juzgues las protestas que hemos tenido en relación a la práctica de nuestras leyes en nuestros territorios del Danelagen.

—Conozco poco esas prescripciones aplicadas a los normandos de esos señoríos. El rey Alfred fue pródigo en adaptaciones.

—No te preocupes, irás acompañado de dos clerks. Te iban a aguardar en el puerto de Worlowfeld, pero me los traje en la comitiva. Partirás el próximo jueves. Te envío a ti porque es necesario que demos muestras de que tenemos la firme voluntad de mantener con toda su fuerza la autonomía jurídica concedida a los daneses establecidos allí.

—Los sajones de los cinco burgos son pertinaces. Comparados a nosotros son débiles. Pero en sí mismos son fuertes –añadió uno de los barones presentes.

—Vamos, no pongas esa cara. Es un honor. ¡Visitarás en mi nombre los territorios habitados por nuestros colonos daneses: la Northumbria, Mercia Oriental y la East Anglia!

—Gracias, padre –respondió Hamlet mientras los peores presentimientos comenzaban a pulular por su mente.



—¡ÉSTE ES HUMVERT! –LE DIJO CON ENTUSIASMO EL REY AL PRÍNCIPE, presentándole al primero de los hombres de Christian que le iba a acompañar a tierras inglesas-. Este rufián no sólo sabe de leyes. Me lleva las cuentas desde hace tiempo.



La presentación de los dos clerks tenía lugar en las cocinas. Hasta allí se habían trasladado para estar calientes. En el pequeño castillo, realmente muy reducido, sólo había dos salones calientes. Y en ellos pasaban el día los nobles y caballeros, dado el frío que hacía fuera. Para no tener que desalojar uno de los salones, el Rey había indicado que fueran a las cocinas.

—Y éste es Georgson. Es un bellaco, pero respétalo. Porque pasó no poco tiempo en los señoríos normandos de las tierras de los francos. Y allí aprendió mucho en una de sus abadías –y Christian en tono de confianza, dijo en voz baja-: ¡Es constructor!

Para un hombre de armas como él, eso valía mucho.

—Tonterías –replicó con la confianza de ser uno de los buenos amigos del Rey. Y estrechó con la mano el antebrazo del Hamlet; lo hizo con energía-. No sé nada de la técnica de los constructores, simplemente les he dirigido a la hora de proyectar dos castillos.

—Y una iglesia, no lo olvides –añadió Christian.

—Sí, pero yo sólo me ocupé de detalles como la longitud, la altura y cosas similares.

—Claro, claro –añadió el rey dirigiéndose a una jarra de agua-. Es un pícaro –le dijo a Hamlet dándole un codazo-, pero no se las da de sabio. ¡Y a fe mía que lo es!

Estuvieron charlando algún tiempo acerca de algunos puntos concretos del viaje. Después bebieron un rato, hasta que apareció por ahí la princesa (hermana de sangre de Hamlet) acompañada de la hija de un noble. Una sostenía un gato somnoliento arrebujado en sus brazos. La otra intentaba contener contra su pecho a un inquieto hurón. Las dos hermosas jóvenes de largas trenzas venían buscando al Rey para organizar una carrera a caballo entre él y otro noble en aquella aburrida tarde.

Los presentes se despidieron hasta la hora de la cena. Humvert y Georgson salieron a pasear por la parte exterior de las murallas, para estirar las piernas. Caían pequeños copos de nieve, como bolitas en medio de un aire sin el más mínimo movimiento.

Charlaron durante una hora enfundados en unas capas muy largas y pesadas que les daban casi tres vueltas enteras al cuerpo y cuyo extremo les cubría la cabeza a modo de capuchas. Humvert comentaba como final de una larga conversación:

—Hay algo más terrible que ser asesinado.

Georgson le miró con incredulidad.

—Sí —continuó Humvert—, y es saber que vas a ser asesinado en algún momento, pero sin saber cuándo. Si te matan, sufres un momento. Pero lo peor es vivir sabiendo que tienes la serpiente en casa y no sabes si está debajo de un mueble, entre la paja de tu lecho, metida en un zapato. Sabes que está allí y que espera su momento, sin prisa. Eso es como saborear la muerte durante días, semanas... o meses. ¿Quién puede resistir eso?

—¿Pero tú crees que Hamlet llegará a eso?

—No lo sé. Sólo sé lo que es vivir con el temor de la víbora escondida, sabes que está y que te puede morder en cualquier momento.

—Para aumentar la angustia, ya sólo faltaría que Hamlet matase a un gato del castillo y lo dejase en la habitación del Rey.

—Un gato ensangrentado sobre el suelo... Qué retorcido eres, Georgson.

—Te aseguro que eso volvería loco a Christian. Aunque no sucediera nada después, eso produce más sufrimiento que si lo empujara desde lo alto de la torre de una iglesia.

—¿Y es eso peor que yacer en el lecho viendo cómo va avanzando una muerte lenta producida por un veneno que te va corroyendo las entrañas con lentitud?

—Muerte en la torre, muerte en el lecho... -se encogió de hombros-. ¿Tú vivirías con la serpiente o la aplastarías aunque, de momento, no te haya hecho nada?

—¿Aplastar a la serpiente cuando todavía es inocente?

—Hamlet es inocente, pero sus entrañas van segregando lentamente el veneno. Y ese veneno lo acumula en una vejiga que recubre su corazón.

Los dos hombres volvieron a entrar por la puerta del castillo. Georgson, en el umbral, dijo en voz baja mirando a los ojos de Humvert:

—De una cosa estoy tan seguro como de que el cielo está sobre nuestras cabezas: ni Christian ni Hamlet merecen que miles de granjeros vayan a la guerra. Que arreglen estas cosas entre ellos.

## Capítulo II

EL JOVEN PIERRE HAMLETAIS SE DETUVO UN MOMENTO PARA contemplar los muros cubiertos de hiedra y musgo del gran cementerio. Como agobiado por el peso de un pensamiento, se llevó el dedo pulgar e índice al entrecejo. La losa de la duda y la melancolía le oprimía.

Pierre, cabizbajo, andaba solitario por el camino rodeado de nichos y mausoleos. El lugar estaba desierto, hasta el cielo parecía haberse cubierto de luto. Las últimas hojas otoñales se desprendían de los escasos lúgubres árboles.

—Para mí todo esto es una cuestión de amor —musitó Pierre.

La existencia parecía haberse puesto en contra de ese joven en los últimos tres años. Estuvo en silencio más de diez minutos, después volvió a musitar a solas:

—Yo quería mucho a mi padre, fue el hombre más cariñoso que pudo haber para con sus hijos. Yo también tenía mucho cariño a mi madre, pero le dije bien claramente que si se casaba con ese hombre, para mí sería como si hubiera muerto. Yo quería mucho a mi novia, mi querida Madelaine...

Su novia hacía menos de una hora que yacía bajo tierra. El cielo tan plomizo de esa tarde parecía agravar la sensación de que, a veces, en la vida todo se ponía en contra de uno. De nuevo un rato de silencio, hasta que de nuevo dijo entre dientes:

—La fuente de la alegría se ha secado ya en mi corazón. Lo mejor de mi vida ya ha pasado. Ahora sólo resta esperar...

Una hora antes se había alejado del camposanto, pero se dió la vuelta y tornaba a estar otra vez en él, dentro; de nuevo entre sus muros. Había tenido que desandar el camino durante casi media hora, pero deseaba regresar; ese deseo de pasear por esa morada de los muertos. Y allí estaba desde hacía un buen rato; allí reposaría algún día.

—De momento me paseo vivo entre los muertos. Aquí yace mi padre.

Pierre Hamletais se detuvo ante la lápida de piedra que ostentaba una inscripción con su mismo apellido. El musgo del suelo ya comenzaba a querer trepar por la piedra. Mirando fijamente a la lápida, se imaginaba, cuando él mismo hubiese muerto. Le venía a su pensamiento la imagen del sepulturero haciendo sitio en la fosa. Sacando la caja vieja, extrayendo los huesos y colocándolos en una sábana, anudándola, depositando el bulto en el fondo, en el lugar sobre el que se colocaría el ataúd.

—Todo este dichoso asunto ha sido un asunto de amor. Mi amor por Madeleine y por mi padre. El amor de mi tío por mi madre. El amor de mi madre por los dos, por mi padre y por mi tío.

Otro rato de silencio para después preguntarse en voz alta:

—Ahora la cuestión es si sigo amando la vida. ¿Me ha amado la vida a mí?

Pierre dio unos pasos errabundos alrededor de esa tumba. Quería marcharse, pero deseaba prolongar un poco más su estancia allí a solas. En realidad, no deseaba prolongarla, pero esa tumba le atraía como un imán.

—Sobre la tierra de este mundo caminan multitudes, pero ya nadie me parece digno de ser amado más que aquellos a los que ya no puedo amar.

Y rememoró el rostro de su querida Madeleine, su voz dulce y un poco caprichosa, su vivaracha conversación sobre tonterías, sus pequeños detalles de cariño. Él no lo sabía, pero esa mañana habían muerto 7.000

soldados galos y 20.000 germanos en la batalla de Gravelotte. La guerra franco-prusiana, las ambiciones territoriales de Napoleón III, el nacionalismo de Otto von Bismarck no le importaban lo más mínimo. En ese cementerio, todas esas cosas sonaban tan lejanas, tan fantasiosas frente a la realidad de las fosas.

Había que pensar en marcharse, la tarde iba cayendo. Enfiló directo por el paseo principal de cipreses hacia la puerta de salida. Dos sepultureros excavaban en una vieja fosa, sacando restos, haciendo lugar para el día siguiente. Pierre se dijo:

—Ya nada, nunca, será lo mismo.

Detrás de él escuchó la siguiente pregunta de un sepulturero a su compañero.

—¿Quién crees que excavaría esta fosa, el viejo René o el borrachín de Alain, que en paz descansa?

El enterrador y su colega se hallaban dentro de la fosa que estaban abriendo. Los dos hombres, secos y viejos, hablaban en alta voz, como esas personas vulgares que sólo saben conversar a gritos. Los dos hombres se daban las espaldas para no estorbarse con los picos. Trabajaban sin prisas, sin entusiasmo, pero con la experiencia de muchas fosas. De muchos días de fosas, de años enteros de fosas. Pierre, en mitad de ese silencio, seguía escuchando la conversación a sus espaldas.

Seguían picando en medio del olor a tierra húmeda que llegaba hasta Pierre en el camino. Él escuchaba sus vulgares exabruptos. Después silencio. Se alegró de que callasen. En el silencio del camposanto, no podía dejar de oír débilmente a los dos trabajadores. Y Pierre ahora deseaba silencio.

Pierre dio marcha atrás, tenía un largo camino hasta casa y tenía sed. A un lado del camino, retrocediendo un poco, había una pequeña fuente para beber. Mientras bebía unos pocos sorbos, hubo silencio. Pero su deseo de quietud pronto iba a verse frustrado. Y no sólo frustrado. Él estaba

melancólico y ellos felices; eso era lo indignante. A Pierre aquellos dos mal afeitados le parecieron tan sucios como rematadamente felices. Suspiró. Al final, uno de esos dos trabajadores, cansado del breve silencio, le preguntó al compañero con sorna:

—¿Sabes qué me dijo el otro día el capellán?

—¿Quién, l'abbé Gervais? —preguntó, concentrado en arrancar las raicillas que encontraba la punta de su pico.

—No, *el santo*.

—A ver.

—Me dijo mientras caminábamos dirección a la Sante Chapelle: *Tú, si alguna vez te preguntan quién construye más sólidamente, ¿sabes lo que has de decir?* —y le miró al otro enterrador con ojos pícaros, dejando de picar un instante.

—Venga, el qué, dímelo y te desalbardas.

—Piensa, piensa, dale al majín.

—Por mi madre. No sé. Sácalo ya.

—No atormentes más tu sesera. Tú, como un asno remolón, no cambiarás de paso a fuerza de palos.

—Venga, dilo ya. ¿Quién construye más sólidamente?

—Si te hacen esa pregunta, di: el sepulturero, porque las casas que él construye durarán hasta el Día del Juicio.

Su compañero no rió, medio sonrió. Pero si uno le conocía se notaba que le había hecho mucha gracia. Media sonrisa era mucho en él. Pero era un hombre endurecido y taciturno que no reía. Esa misma noche lo contaría en la taberna. Otra vez se hizo el silencio dentro de la fosa excavada.

—Anda, llégate a casa de François, y tráeme media azumbre de licor.

El otro sepulturero, el de más arrugas, salió de la fosa sin rechistar.

Pierre Hamletais había escuchado la conversación sin volverse. ¿No tenían esos hombres conciencia de su oficio? Hablar así mientras abren una fosa. Pierre se sentía con náuseas, las piernas comenzaban a flaquearle. Así que se sentó sobre la losa de un sepulcro que se elevaba hasta la altura casi de un banco. Allí se mediorepuso, junto a un ángel de mármol blanco que a la cabecera señalaba feliz con su clara mano hacia el cielo.

Mientras tanto, el sepulturero sacó una calavera de la fosa. Por todo el cementerio antiguamente hubo otras sepulturas tan sólo denotadas por cruces de maderas cada vez más carcomidas del tiempo. Olvidados aquellos muertos, podridas aquellas cruces, la tierra dejó de mostrar rastro alguno de aquellos enterramientos anteriores. París había seguido creciendo, y ahora todo terreno era necesario.

El sepulturero tiró la calavera al suelo, fuera de la fosa, y prosiguió con su trabajo. Pierre lo contempló. Qué malnacido. Aquella calavera en otro tiempo tuvo lengua y pudo cantar. Le había herido ver cómo la tiraba al suelo. Y la que estaba manoseando ahora ese bruto podía haber sido la de un prudente cortesano, la de una amorosa madre. Resultaba evidente que eran huesos de varias personas.

Fueran quienes fueran los que un día anduvieron sobre esos huesos, en torno a esa osamenta, ahora estaban en poder del señor Gusano. Las calaveras mostraban descarnadas las bocas, ya no había labios. El azadón del sepulturero aporreaba las osamentas. Pierre pensó cuantos años y esfuerzos costaron la formación de esos huesos. Y pensar que esos despojos un día fueron la alegría de su madre. Que sus mofletes estuvieron sonrosados. Me imagino el primer día en que ese niño probó la miel, el



primer día en que paseó con la que sería después su esposa. La felicidad del primer beso. Me imagino, se dijo, las caricias que dio a sus hijos. Me imagino las lágrimas alrededor de su lecho de muerte.

Pierre, que se había detenido a mirar la escena desde lejos, se acercó. Repugnado y atraído. El sepulturero notó su presencia. Pierre, para justificar el hecho de que se hubiera aproximado, preguntó serio:

—¿De quién es esta hoya, compadre?

—Mía, señor –respondió el sepulturero, y comenzó a cantar una vieja canción conocida de los que ejercían tal oficio:

*¡Oh!, y un hoyo cavado en tierra,  
a tal huésped bien le cuadra.*

—Sí –añadió Pierre, que conocía la canción de una taberna-, ya me figuro que es tuya puesto que estás dentro de ella.

—Vos estáis fuera de ella, *monsieur*; y por consiguiente, no es vuestra –respondió el enterrador, que estaba de magnífico humor y tenía ganas de bromear.

Pierre se sonrió. Sí, ese hombre no era culpable de que ése fuese su oficio. No tenía culpa de pasar tantas horas entre muertos. Tenía derecho a pasarlo bien. Pierre le siguió el juego diciendo:

—Mientes por ello, al decir que esa fosa es tuya por estar en ella. Es para los muertos, no para los vivos; por lo tanto, mientes.

El sepulturero hizo un gesto de indiferencia y siguió con su picar. Pierre se dio cuenta de que a su respuesta le había dado un tono agresivo. Había querido ser amable con aquel pobre hombre de la fosa, pero a su respuesta le había dado un involuntario tono arisco. Así que, con la intención de reparar el tono, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo puede estar un hombre enterrado sin descomponerse del todo? Me refiero a que sólo queden los huesos.

—A decir verdad, os vendrá a durar ocho o nueve años. ¿Veis esa calavera de ahí?

—¿Ésa?

—Sí. Ésa ha estado metida en tierra veintitrés años.

—¿Por qué la has puesto aparte?

—Porque las madres carmelitas me pidieron que les trajera una que estuviera entera.

—¿Para qué?

—Tienen una sobre la mesa del refectorio, para acordarse siempre de la brevedad de la vida y de que tendrán que dar cuenta de sus actos ante el Juez Eterno —el sepulturero se santiguó rápidamente con un gesto confuso—. Son unas santas.

—¿A quién pertenecería la tal calavera?

—Os lo puedo decir. Ésa sí que sé de quién es. Un día me tiró a la cabeza una botella de vino de Burdeos. Pues esta calavera es de un tunante, al que mala peste le confunda, que se llamó Thierry Gaston.

Pierre se quedó unos segundos tratando de recordar.

—¿Thierry Gaston, de Chevignon? —preguntó Pierre.

—Sí.

—¿El que se hacía llamar Yorik?

—Sí, sí, el mismo. ¡Qué casualidad que lo conocierais! Claro que al ser cómico ambulante por las calles muchos niños le conocieron. Tantos centenares de días, cada año, trabajando en las plazas de las ciudades dan para conocer a muchos niños. Sí, en verdad que se trataba de un bufón muy conocido.

Pierre ya no atendía a las palabras del sepulturero. Se dirigió hacia el saco del sepulturero con sus aperos, y de allí tomó entre las manos la calavera.

—¡Ay, pobre Yorik! Yo te conocí. Eras un hombre de una gracia infinita y de una fantasía portentosa. Muchas veces me llevaste a cuestras, y ahora... ¡Qué horror!

Pierre se inclinó con ganas de vomitar, pero sin soltar la calavera. Se rehízo. El sepulturero se encogió de hombros y siguió picando. Pierre lloró:

—Aquí pendían aquellos labios, aquí aquellas mejillas que yo he besado tantas veces. Ya no queda nada de tus cabellos rubios. Tus ojos azules...

Recordó sus chanzas, sus piruetas, sus canciones. Rememoró las veces que hizo prorrumpir en una carcajada a toda la chiquillada del barrio.

—¿No queda nada? ¿Ni un solo chiste para burlarte de tu propia mueca?

Se había acercado a la calavera. De pronto, percibió el olor que provenía de su interior. La tiró al suelo. El otro sepulturero había llegado con el licor.

Con paso decidido, Pierre se dirigió hacia su casa, ya no podía más. Ni siquiera se despidió de los dos trabajadores. No cabía más tristeza en su ser.



¿PADRE DONATIEN, ES QUE NO PUEDE ESFORZARSE EN COMPRENDERME un poco?

Pierre Hamletais había hecho la pregunta en voz muy baja, pero de un modo muy desagradable. Marcando cada palabra con una infinita tensión. El anciano sacerdote juntó las manos sobre la barriga y miró con piedad hacia el penitente.

El joven atribulado por los fantasmas de la duda, la angustia y la incertidumbre se había llegado hasta un confesonario. Consejo, necesitaba un consejo. Una orientación de alguien bueno, puro, neutral. Se había dirigido no a cualquier iglesia de la ciudad, sino a la catedral de París. Y allí, en un confesonario había encontrado a un buen abate. Por lo menos, su rostro parecía paternal. En ese rostro percibió buenos sentimientos. Pierre se acercó como el sediento a una fuente. Pero su sed, aunque no lo reconociera, no era de verdad, sino de venganza.

—Padre, diga algo —pidió, ordenó, suplicó casi con rabia Pierre.

—Hijo mío, ya te lo he dicho. Dios no aprueba la venganza. Es algo ilícito. Pero mucho peor en este caso en el que no tienes seguridad de que él matara a tu padre.

—Estoy investigando.

—Estás lleno de odio. Así de investigador de un asesinato puedes pasar a asesino.

No tenía sentido insistir, pensó el joven. Ese sacerdote no le comprendía. Antes de marchar, preguntó algo que sabía pero que quería oírlo.

—Me asegura que usted no puede contar todo esto a nadie.

—Te lo aseguro.

—¿Aunque finalmente no haya recibido la absolución?

—Aun así, tus palabras permanecerán selladas en mi pecho.

—¿No las revelaría ni por evitar la muerte de un inocente?

—Lo escuchado aquí no lo revelaría ni parcialmente, ni siquiera para evitar la muerte de un centenar de inocentes.

—¿Me lo asegura por Dios.

—Te lo aseguro por Dios.

—¿Y mi escrito?

El padre hojeó esas pocas páginas en silencio por última vez, esforzándose por encontrar algo positivo que decir. Dio un suspiro de fatiga y se lo entregó:

—Mira, mi humilde opinión es que esto no tiene ni pies ni revés. Y no lo arreglarás ni haciéndolo pasar por obra de otra persona.

El padre Donatien le miró con indulgencia. Para él estaba enfermo.

Pierre tomó esas hojas y se marchó.

## Capítulo III

LA JOVEN ALICIA HAMILTON-HAMLET SE DETUVO UN MOMENTO A contemplar los prados floridos y pletóricos de libélulas del nordeste del País de las Maravillas. Como agobiada por el peso de un pensamiento, se llevó el dedo pulgar e índice al entrecejo. La losa de la duda le oprimía con su peso. Abatida y llena de aburrimiento, Alicia estaba empezando ya a no poder aguantar el estar sentada tanto rato con su abuela a la orilla del río sin hacer nada.

Así pues, para desvanecer esos sombríos pensamientos se puso a considerar (con algún trabajo, pues con el calor que hacía aquel día se sentía adormilada y torpe) si el placer de tejer una cadena de margaritas le valía la pena de levantarse para ir a recogerlas, cuando de golpe saltó corriendo cerca de ella un conejo blanco de ojos rosados.

“¡Ay! ¡Ay! ¡Qué tarde voy a llegar!”, se dijo el conejo, mientras se sacaba del chaleco un reloj de bolsillo y miraba la hora. Nada más consultar el reloj alzó las cejas y comenzó a correr apresurado (y comenzó a correr al modo de los conejos, que como todo el mundo sabe es a brincos).

Alicia, tumbada sobre la fresca hierba, junto al río, comenzó a considerar lo extraño de la aparición del conejo. No era extraño que el conejo del Rey estuviera desasosegado por la falta de tiempo. El conejo del soberano siempre estaba estresado. En buena parte por culpa de su monarca. Hay gente que cree que a un conejo se le puede presionar lo que se quiera. Y ya sabes el dicho: *No, no te preocupes, ya lo hará mi conejo.*

Alicia le había regalado al conejo, por tres veces, el libro titulado *Momo* para que aprendiera algo sobre el Tiempo. Ese libro se lo había dado como obsequio el Día de todos los Santos. Por tres años

consecutivos, le había regalado el mismo libro. Pero aquel conejito, ingenuo y medio atontolinado, nunca encontraba tiempo para leerlo.

Lo raro, como decía antes, no era que el conejo fuese brincando creyendo que iba a llegar tarde. Lo raro era que el conejo había aparecido por ese prado a las seis de la tarde. Cuando la costumbre establecida dictaba que el conejo pasara a las siete de la tarde.

Aquel conejo, regular como un reloj, nunca variaba esa costumbre vespertina. Aquel bicho era como Kant. ¿Por qué hoy había habido un cambio? Alicia se puso en pie.

—Nos vemos luego, abuelita

Y se puso a perseguir al conejo.

—Las niñas de ahora ya no son como las de antes -pensó la anciana sin levantar sus claros ojos verdes del libro.

Alicia perseguía al conejo no porque lo viera (prueba a perseguir un conejo y verás cuánto rato lo ves), sino porque sabía que el conejo siempre seguía de forma invariable el mismo recorrido por ese campo. El conejo había entrado en una madriguera. Alicia se metió por la habitual madriguera, se dejó caer sin turbación alguna, aterrizó sobre blando y se metió por una de las puertas. La idea de que tenía que beber una poción reductora siempre ha sido un mito producido por interpretaciones políticas que no es éste el momento de analizar.

A un tiro de piedra de la puerta, estaban el conejo, un loro, un ratoncillo, un pájaro Dodo y el Sombrero Loco. El conejo había ido corriendo para avisarles de que a las doce del mediodía el Rey había convocado una audiencia general. ¿Dónde?, preguntó un búho que acababa de llegar. En la plaza del pueblo de Cawdor, respondió el conejito mientras volvía a consultar su reloj, le daba unos golpecitos con el índice y lo acercaba a su oído para ver si marchaba bien. Ese gesto, que repetía

mucho, no se sabía muy bien qué sentido tenía, dado que siempre funcionaba. El conejito era un manojito de nervios.

Alicia se dirigió hacia el poblado. Ella era la sobrina del Rey, el rey del País de las Maravillas. Bueno quizá fuera más exacto decir del rey del sector E del nordeste del País de las Maravillas. En fin, al menos, para la reunión quedaba una hora. Veces había habido en que las audiencias se convocaban con menos de diez minutos de antelación.

Su padre había sido Rey de ese sector del País de las Maravillas, pero había muerto hacía nueve meses. La causa oficial de la muerte fue *ataque de risa*, cosa que nunca convenció del todo a Alicia y a algunos cortesanos; los cuales, curiosamente, también murieron de un ataque de risa en circunstancias, sino misteriosas, al menos inusuales. Hubo una lechera que se atrevió a sugerir que el hermano había derramado un veneno en el interior del oído del Rey mientras dormía la siesta en el Jardín Rosa.

Lo cual era risible, porque ningún veneno se derrama en la oreja de nadie. Con la excepción, bien conocida de todos, de los ornitorrincos salvajes del sector R de ese país, que sí que mueren cuando se les derrama en el oído al menos cinco gotas de veneno de remolacha verde. Se les hace eso y se quedan fulminantemente rígidos como una tabla, y ya han dejado de respirar. El caso es que resultó interesante que la lechera, según el informe oficial, también sufriera un ataque de risa de fatales consecuencias.

Tantas muertes por tan extraña enfermedad comenzaron a hacer pensar a las dos principales y orondas autoridades médicas de la corte que quizá se habían precipitado al sospechar acerca de la dificultad de la muerte por esa causa. El número de muertos por ataque de risa era la muestra patente de que quizá no era tan imposible como se creía.



Dado que después del fallecimiento de la lechera ya no hubo ningún caso más en tantos meses, el doctor Nismankirchner llegó a la conclusión de que ese tipo de muertes debía deberse a algún tipo de brote vírico. Como medida de precaución, los médicos sugirieron prohibir las comedias en el teatro real durante esos meses. La sanción del monarca no tardó. Era un hombre ilustrado que no quería oponerse a los dictámenes de la Ciencia. También sugirieron la prohibición de comer remolachas. Pero las razones de esta prohibición resultaban mucho más peregrinas.

Razones que tenían su origen en el rumor de la lechera. Aquella mujer afirmó que la muerte había sido por envenenamiento y de esa manera concreta. La única sustancia que producía ese letal efecto administrado de esa manera era el de remolachas verdes. Dado que la lechera había muerto de un ataque de risa, no se podía descartar que hubiera alguna relación entre su fallecimiento y lo que había dicho.

Por eso, como medida de precaución, era preferible abstenerse de ese tubérculo hasta que los médicos de la corte acabaran de conducir ciertas pruebas. Y parecía que esta vez la Ciencia había dado en el clavo, porque una piara de cerdos alimentados exclusivamente con remolachas verdes murió con los vientres hinchados. Posteriores estudios parecieron indicar que la muerte de esos gorrinos tuvo otras causas. La tesis vírica cobró fuerza. Pero, hasta que eso se descubrió, estuvo vigente una real sanción prohibiendo por dos meses y dos días la ingesta de ese vegetal.

Sea lo que fuere de todas estas cuestiones científicas, lo cierto es que el tío de Alicia era ahora la máxima autoridad en aquel reino. Alicia llegó a Cadwor. Allí la reconoció el Pájaro Dodo que se acercó a ella agitando con alegría sus inútiles alitas. Y ella, el pájaro, Tweedledum y Tweedledee estuvieron charlando un rato. Tras un rato, llegó, lenta, la Oruga Azul. Después de ciertas consideraciones, la oruga repitió lo que le había dicho un gusano rojo:

—El gusano es el auténtico emperador de la dieta. Nosotros cebamos animales para cebarnos a nosotros, y nos cebamos a nosotros para cebar

gusanos. Un rey gordo y un flaco mendigo no son sino mesa variada, dos platos para un mismo mantel.

—Repelente. Un comentario, en verdad, repelente —dijo Tweedledum.

—Ya lo he dicho al principio: soy vegetariana —se excusó la oruga.



A LAS SIETE EN PUNTO LA PEQUEÑA FANFARRIA DE LAS TROMPETAS resonó. Las cartas de naipes avanzaron en formación rodeando el estrado sobre el que se elevaba el solio del monarca y sus ministros. Detrás de los soldados-naipes armados con sus picas, desfilaron llenos de pompa los dieciséis criados del Rey. Con sus libreas y sus caras altivas, se colocaron a ambos lados del estrado. Después, los ocho obesos ministros reales, con sus pelucas y sus bastones de mando, se colocaron en pie cada uno en su asiento.

Finalmente, su Serena y Graciosa Alteza Real llegó, echó una mirada al populacho reunido en esa plaza, se volvió sin decir nada y se sentó. Al pueblo le encantaba que le despreciaran un poco. Sabían que al Rey no le gustaba que le vitorearan y lo respetaron. El último que le había vitoreado había sido colgado de los pies boca abajo durante dos horas. El Rey nunca llegó a enterarse de que aquello le había curado para siempre de su hernia discal.

La madre de Alicia se sentó al lado del Rey en un majestuoso asiento igual al del hermano de su esposo bajo un dosel de terciopelo rojo. Ella sí que dedicó una sonrisa a sus *ineptos plebeyos*, como los llamaba en privado. Aquella mujer era la cara amable de la monarquía.

El monarca miró a la mujer de su difunto hermano y estuvo a punto de darle la mano. Pero pensó que tampoco había que pasarse a la hora de

manifestar muestras de afecto. Su boca mostró una fugaz mediosonrisa de dos segundos, mientras que con sus ojos mediocerrados parecía decir: No sé como os aguanto a todos; incluida tú, cielo.

El reino del tío de Alicia se definía geográficamente de forma simple. Bastaba caminar en cualquier dirección, desde ese poblado central, durante tres días, y ése era el territorio sobre el que dominaba el trono de su tío. Un reino circular, cuyo radio es el itinerario de tres días. Hay más reinos en este País de las Maravillas, pero normalmente entre reino y reino hay días y días a través de tierras de nadie. El reino de este monarca tiene la ventaja de ser el reino que está en el centro del País de las Maravillas.

Una cuestión interesante era cómo sabían que su reino estaba en el centro, si no conocían dónde acababa esa tierra. Bien, esa era una buena pregunta que sus geógrafos y matemáticos estaban tratando de responder desde hacía un par de años. No se había logrado una respuesta satisfactoria, pero sí que se habían logrado producir veintisiete teorías peregrinas muy ingeniosas.

Alicia con su faldita azul y su melena dorada avanzó para saludar a su madre y hacer una reverencia a su padrastro. Los dos se levantaron e hicieron como que se alegraban de verla. Alicia se sentó a la izquierda del estrado, un escalón debajo del sitial de su madre. Le trajeron un almohadón. Aposentada sobre él, apoyó su blanca tez sobre las rodillas de su madre. La Reina, con la más gentil de las sonrisas y el más grácil movimiento de su mano, le puso lentamente derecha la cabeza a Alicia, mientras le susurraba: “Me arrugas la falda, querida”.

El chambelán se acercó por detrás a la Reina y le musitó al oído:

—Majestad, no. Es una pose muy bella de amor maternal.

—¿Crees que al pueblo le gusta?

—Lo creo, lo creo. Yo diría que sí.

La Reina, sin decir palabra, comenzó a acariciar la melena rizada de su hija y a empujarla imperceptiblemente hasta recostarla sobre sus rodillas de nuevo. Alicia, que había crecido en esa corte, ya estaba acostumbrada a ese tipo de cosas. Para ella era algo cotidiano y no dijo nada ni le cambió el semblante.

Alicia sólo pensó en ese momento que su abuela, la Reina-Madre, debía seguir leyendo junto al río. No han debido enviarle un conejo, pensó. Veo bastantes embajadores de otros sectores del País. Cada vez son más frecuentes estas visitas.

Otra trompeta fue tocada y el chambelán de Palacio anunció:

—¡Su Serenísima y Graciosísima Alteza Real, Arnolfo XXXI, Rey de sus súbditos, etc., etc., va a hablar!

El millar de ojos de la concurrencia se dirigieron hacia el monarca. El Rey, desde su trono, paseó altivamente la mirada por la muchedumbre de los congregados. Fue una mirada de triunfo. Después, furtivamente, miró el hombre de su consorte. Sí, su trono estaba un palmo más elevado del asiento de ella y del Primer Ministro situado a su izquierda. Sus indicaciones se habían seguido correctamente por una vez. “Tengo que estar en todo. Es lo malo de estar rodeado de inútiles pazguatos”.

—¡Súbditos!, aunque todavía parezca vivo el recuerdo de la muerte de nuestro querido hermano, Arnolfo XXI, y nos incumba mantener en duelo nuestro corazón y contraído todo nuestro reino en un solo gesto de pesar, sin embargo, tanto y tanto ha combatido la discreción con la naturaleza, que pensamos ya en él con un dolor más prudente y sin olvidarnos de nosotros mismos. A este fin hemos decidido tomar por esposa a la que en un tiempo fue la esposa de nuestro hermano. Si bien, por decirlo así, con una alegría malograda, con un ojo risueño y el otro vertiendo llanto, con regocijo en los funerales y endechas en el himeneo.

En este momento del discurso todos los presentes pensaron que el himeneo era un tipo de insecto. El rey Arnolfo detuvo el discurso y dio

unos paternales golpecitos con la punta de los dedos de su diestra sobre el torso de la mano izquierda de la Reina apoyada en el reposabrazos del asiento. “Un detalle tierno como sólo yo lo sé hacer”, se dijo a sí mismo con sentida satisfacción. El Rey le sonrió a la Reina todo lo dulcemente que pueden hacerlo los déspotas, y ella le devolvió la sonrisa de un modo totalmente profesional. En el mar de cabezas que llenaba la plaza cuatro personas se desgañitaron en una sentida ovación. Después, en esa misma plaza, se les aplicó el remedio para sus problemas de espalda.

Alicia se sentía hundida en la miseria. Era costumbre en aquellos lares ocultar el proyecto de las segundas nupcias a los hijos de anteriores matrimonios hasta la hora de su anuncio oficial. Pero Alicia siempre creyó que si tal cosa sucedía, pasarían por encima de la costumbre. La noticia cayó sobre ella como un mazazo.

—¡Súbditos! —prosiguió el Rey levantando el brazo—. A esta buena nueva, una segunda quiero añadir. Sabéis que llevo un mes, dos semanas y cuatro días en el trono. Por mi bisoñez he querido ocultaros hasta ahora los designios de mi corazón. Pero ha llegado el momento de descubrirnos toda mi mente. Es mi propósito... —en este momento dejó un segundo de silencio para aumentar el interés de los que le escuchaban.

Es mi propósito... —más expectación—, ¡poner orden en este reino y las tierras que lo circundan! ¡Hay que poner orden en el País de las Maravillas! Hasta ahora, aquí todo el mundo ha hecho lo que ha querido. Hemos jugado al croquet con flamencos. Hemos pintado rosas blancas de rojo. El pez-lacayo deambulaba libremente con la Liebre de Marzo. Lo que debía estar arriba estaba abajo, y lo que estaba abajo debía estar arriba.

¿Qué os puedo contar sobre la Tortuga Falsa que no sepáis ya? ¿Qué os puedo decir acerca del Sombrerero Loco que no conozcáis? ¡¡Sombrerero Loco, tus días de mequetrefe ya se han acabado!! Los días de hacer el loco en el País de las Maravillas han tocado a su fin. Vamos a hacer entrar en razón a estas tierras.

El rey Arnolfo hablaba con una convicción, con un ardor, con una fiereza, que dejó a todos pasmados. Además, el discurso prosiguió diciendo las cosas más bellas acerca de los súbditos. Aquellos eran los súbditos más leales, los más fieles, los más sacrificados, los más trabajadores. “Y... tenéis un corazón de oro. Permitidme que os lo diga: un corazón de oro”. En ese momento, muchos lloraron.

Les explicó que un nuevo amanecer despuntaba sobre el reino, y ellos iban a ser sus artífices, sus protagonistas y sus beneficiarios. La multitud estaba encantada, nunca antes había oído hablar a nadie con aquel arrebataamiento. Deseaban, anhelaban ser arrastrados. Sí, sí, el sector E del nordeste del País de las Maravillas sobre todas las cosas. Y repetían el nombre del reino enfervorecidos:

¡El sector E del nordeste del País de las Maravillas!

¡El sector E del nordeste del País de las Maravillas!

¡El sector E del nordeste del País de las Maravillas!

La gente aplaudía, lanzaba sus sombreros al aire. Todos estaban fuera de sí. El monarca dejó, además, entrever que la ley que prohibía que él fuera vitoreado pronto podría ser derogada o, al menos, reformada.

El Rey, acompañado de su cortejo, descendió del estrado, en medio de unos vítores que no cesaban. Los soldados desfilaban escoltando a su monarca y sus ministros. Centenares de picas sobresaliendo en aquel río de cabezas. Cientos de soldados formando un pasillo desde la plaza hasta su palacio.

Nada más emprender el trayecto hacia el palacio, la Reina hizo un gesto con la palma de la mano a la retrasada Alicia para que se aproximara a ella. Alicia vaciló, pero al poco se encontraba a su vera.

—Mi muy estimada hija -se explicó apesadumbrada la Reina-, perdona que hayamos seguido en esto la vieja costumbre de no avisar a este tipo de convocatorias a los hijos de las segundas nupcias.

Alicia miró a su madre sin decir nada.

—Hijita -prosiguió la Reina-, desecha ese color nocturno y miren tus ojos como amigo al Rey. No estén continuamente con los párpados abatidos, buscando en el polvo a tu noble padre. Ya sabes que ésta es la suerte común: todo cuanto vive debe morir, cruzando por la vida hacia la eternidad.

—Sí, madre, ésa es la suerte común.

—Pues si lo es, ¿por qué parece que te afecta de un modo tan particular?

—*¡Parece*, madre! ¡No; es! ¡Yo no sé parecer! Es lo que siento dentro de mí... y que sobrepuja a todo lo que aparece en mi exterior.

—Estimada Alicia -intervino el Arnolfo con su voz grave y poderosa-, es una hermosa acción que enaltece tus sentimientos el rendir a tu padre ese fúnebre tributo; mas no debes ignorar que vuestro padre perdió a su padre, quien perdió también al suyo, y que el superviviente queda sujeto, por cierto término, en obligación filial, al duelo fúnebre; pero perseverar en obstinado desconsuelo es una conducta de impía terquedad; es un pesar indigno del ser humano. Muestra una voluntad rebelde al cielo, un corazón débil, un alma sin resignación, una inteligencia limitada.

Te ruego que moderes ese inútil desconsuelo y me mires como a un padre, porque todo el mundo sabrá que tú eres la más inmediata en mi sucesión, y no menos acendrado es mi amor hacia ti que el que sienta por su hijo el más tierno padre.

—Que no sean vanos nuestros ruegos -le pidió la madre con ojos tristes o que aparentaban tristeza, y la cogió de la mano.

Alicia seguía guardando silencio.

—Además, tengo una sorpresa para ti —añadió el Rey—. Te voy a enviar como embajadora a Inglaterra.

—Oh —dejó escapar la boca de Alicia.

Hay que hacer notar que el lugar donde estaba Alicia con su abuela junto al río, antes de entrar en la madriguera, era el nivel superior del nordeste del País de las Maravillas, no Inglaterra. Una cuestión que se trataba de dilucidar, desde hacía tiempo, era el número de niveles inferiores, superiores y trasversales de ese reino. Borges, en su libro nunca escrito, *El Minotauro en el País de las Maravillas* se decantaba porque el número de niveles era indefinido; no infinito, pero sí indefinido.

El reino era lo suficientemente enrevesado como para que un viaje a Inglaterra fuese considerado como un premio. Arnolfo prosiguió:

—Sí, irás a casa del diácono y matemático Lewis Carroll. Un soltero profesor del Trinity College de Oxford. El autor del *Syllabus de Álgebra Geométrica Elemental* —el Rey era un déspota, pero ilustrado.

—Querido, el canapé —le indicó la Reina.

—Sí, ahora no. Mañana, te explicaré con detenimiento en qué consistirá tu legación.

Un leve sentimiento de orgullo y vanidad invadió el pecho de Alicia. Su madre sonrió medio a escondidas. Pero Arnolfo y la Reina, que tan satisfechos se marchaban, estaban muy lejos de imaginar con quién iba a reunirse aquella misma tarde Alicia. El cortejo proseguía el camino en medio de los jardines reales. Las banderas azules ondeaban en lo alto de los torreones del blanco palacio.





AQUELLO ERA UNA REUNIÓN SUBVERSIVA. O QUIZÁ UNA MERIENDA subversiva. Sí, jamás los monarcas hubieran podido imaginar que unas horas después de lo que se dio en llamar el Gran Discurso, la persona más cercana a la sucesión en el trono estaría sentada en la misma mesa con la Liebre de Marzo y con el Sombrero Loco en un casita típica de techo de paja en las afueras de la aldea de Banquo.

—Sírrete un poco más de té –le invitó muy ansiosamente la Liebre.

—¡Si todavía no he tomado nada! –replicó Alicia con tono ofendido-. De forma que no podría tomar *más*.

—Querrás decir que no podrías tomar menos –aclaró el Sombrero-. Siempre es más fácil tomar más que nada.

—Bien, retornemos al asunto que nos ha traído aquí –dijo Alicia, tratando de poner orden en una conversación que llevaba camino de prolongarse media hora más.

La Liebre y el Sombrero apoyaron los codos sobre la mesa, abrieron completamente los ojos hacia Alicia y exclamaron a coro un largo *¡sí!*

Ahora Alicia, con aquellos dos mirándole fijamente a la cara como dos estatuas, no sabía qué decir; ¿por dónde empezar?

—Pásame las pastas, por favor –pidió al final Alicia, tratando de serenarse.

El Sombrero derramó el té en el cuello de su solapa, y se lo sirvió por la manga en su taza. Alicia se mordió el labio inferior. Había pedido las pastas, y le servía té. Pero no iba a decir nada, ya llevaban media hora de conversación, y aquello parecía que no iba a llegar a ningún lado.

Conteniendo su enfado, Alicia se levantó y se sirvió ella misma las pastas. Aquello no iba a llegar a ningún lado. El Rey podía ser un déspota. Pero, al menos, ejercía su despotismo con un cierto orden. Estos otros podían ser buenas personas, pero su gobierno hubiera sido un despropósito

que hubiera hecho anhelar los buenos días del trono firme. Sí, ahora comprendía por qué Arnolfo XXXI seguía manteniendo el cetro en sus manos.

Mientras Alicia, desmoralizada, estaba sumida en estos desconsolados pensamientos, el Sombrerero y la Liebre se habían enzarzado en una disputa acerca de tres hermanitas que se llamaban Elsi, Cielo y Tilde, y que vivían en el fondo de un pozo. Un trozo de tarta de frambuesa voló por el aire. Alicia puso lentamente la palma de la mano sobre la mejilla: desesperanza total. Era pasmoso saber que aquellos dos eran las mentes más lúcidas del País de las Maravillas.

Alicia recogió la carpeta donde se contenían las cuarenta páginas que había escrito para enseñárselas al Sombrerero. Y pensar que justamente él le había dicho que eran una pura locura. ¡Se lo había dicho el Sombrerero Loco! Encima, ahora, el Sombrerero, con una tarta de limón a punto de ser arrojada hacia la Liebre, le preguntó a la Liebre:

—Qué pasa, ¿no soy nadie?

—Tú no puedes ser nadie, eso sería una contradicción —contestó la Liebre, ocultando su cara bajo el mantel para evitar la tarta.

—Gracias por decirme que no soy nadie —y el Sombrerero dejó la tarta y se levantó a dar dos sonoros besos a la Liebre.

Alicia se despidió breve y secamente, los anfitriones le repitieron dos veces que volviera cuando quisiera. Como si quería todas las tardes a merendar. El Sombrerero, a sus espaldas, dijo entristecido:

—Salve, Alicia, menor que Arnolfo y más grande. No tan feliz, pero mucho más feliz. De ti saldrán reyes, aunque tú no serás reina.

La rubia melena de Alicia se alejó por el sendero rodeado de tulipanes y sobrevolado por un par de golondrinas chillonas y juguetonas.

Alicia anduvo un rato por ese sendero, que olía a flores bajo un primaveral sol. El cielo estaba azul y recorrido por alegres gorriones. Alicia se apoyó en el antepecho de un puente de piedra para descansar mirando al río. Allí apoyada veía pasar el agua. Alguna que otra rama de árbol descendía arrastrada por la corriente mansa y calma.

El tiempo transcurría, pero aquel lugar era sumamente agradable; tanto que Alicia se resistía a marchar. Un paraje sosegador y solitario. Entre las ramas arrastradas con lentitud, le pareció ver a lo lejos una más gruesa. Se aproximaba para pasar por debajo del arco central del puente. Aunque no parecía una rama. Los ojos levemente miopes de la joven se entornaron. No, no era una rama. Cuando estuvo suficientemente cerca, descubrió con horror que era el cuerpo exánime de una mujer. Cuando el cadáver pasó justo debajo del puente, trató de fijarse en algún detalle, de mirar su rostro. Fue inútil; flotaba boca abajo.

Las cosas en ese reino parecían divertidas, la naturaleza era bellísima, pero comenzaban a bajar cadáveres por el río. Por allí no había ni un alma. Alicia miró a su alrededor. No iba a dar parte a nadie de lo que había visto. Antes de desaparecer del lugar se volvió, para cerciorarse de que nadie había sido testigo de la escena.



DOS DÍAS DESPUÉS, ALICIA ESTABA SENTADA DE NUEVO EN LA MESA DEL comedor del Sombrerero. El cual de nuevo se hallaba sirviendo el té tan feliz como siempre, mientras a su derecha la Liebre ofrecía pastas a todo el mundo. A la derecha de los anfitriones, presidiendo la mesa, se encontraba el gran invitado de aquella reunión, el personaje que iba a ser el eje de todas aquellas conversaciones: Julius Henry Marx. Sí, allí estaba, el auténtico presidente-electo de la República de Libertonia. Un estado tan solo a cinco días de distancia del bien custodiado Cuartel General de su tío Arnolfo XXXI. El presidente, vestido de negro, relajado fumaba su puro,

repantingándose en su sillón. Ese hombre podía ser la solución del reino. O, mejor dicho, parecía la única solución posible.

—Vamos a ir directamente al grano —comenzó Julius Henry, levantándose del sillón, sentándose a la mesa y juntando las manos sobre ésta-. Si he venido aquí de incógnito, ha sido porque, como es lógico, la nación a la que yo represento, y sobre la que mando, se siente un poco preocupada por las palabras y preparativos que el rey Arnolfo ha llevado a cabo. También he venido, porque el ramo, con el que mi padre ganó su pequeña fortuna, es el de la exportación de remolachas verdes. Pero ése es otro tema. El tío de esta muchacha...

En ese momento le dio unas palmaditas paternales sobre la mano a Alicia. Un gesto que era exactamente igual que el que solía hacer su tío Arnolfo. El Presidente continuó:

—El tío de esta muchacha es un cretino. No te ofendas, querida.

La sobrina movió su mano, dando a indicar que no se sentía ofendida.

—Vuestro tío es un hombre bajo y gordinflón, y eso creo que tiene mucho que ver con el modo en que ejerce su gobierno. Va siempre bien vestido, pero su aspecto revela exactamente lo que es: un gran botarate. Con todo, lo que su carácter no tiene de humor, lo suple con creces con agresividad y malos modos. Vuestro querido rey usa la voz, su voz sonora y grave, sólo cuando está completamente seguro de que no sabe de qué habla. Creo que lo he descrito ya de forma suficiente. Esto es lo que tenemos. Ahora se nos plantea la cuestión de qué hacer.

El Sombrero, la Liebre y tres orugas guardaron silencio. El Presidente de Libertonía les embelesaba. Hubieran podido escucharle durante horas. Pero había planteado una pregunta y era necesario responder si no querían quedar como unos necios. ¿Qué hacer? De pronto se le iluminó el rostro al Sombrero y con una gran sonrisa dijo:

—¡Podríamos jugar una partida de croquet!

—¡¡Nos referíamos a mi tío!! –gritó una enfurecida Alicia, dando un golpe en la mesa que hizo zarandearse a las tazas-. ¡¡Nos referíamos a qué debemos hacer ante esta crítica situación de Estado!!

Julius Henry ni se inmutó, ya estaba acostumbrado a trabajar con este tipo de habitantes del lugar.

—Vamos a ver –prosiguió Alicia-, os puedo revelar que el Cuartel General cuenta con un centenar de barajas. Divididas en cuatro ejércitos: tréboles, corazones, picas y diamantes. Cada baraja consta de 100 naipes.

—¿Qué tipo de baraja es ésa? –preguntó una oruga-. ¿Inglesa, española?

—Baraja inglesa de la vieja escuela. Cada una cuenta con 100 naipes porque son barajas militares.

—Ah –exclamó la oruga, apuntándolo en una libreta.

—Alicia, debo haceros una pregunta muy confidencial –susurró Julius Henry, jugando con el puro en la mano-. ¿Es verdad que el coeficiente intelectual de Arnolfo XXXI es uno de los más bajos del mundo?

—Si se sometió a alguna prueba, no ha dejado constancia alguna. Pero os aseguro a todos que es muy tonto. Os aseguro que si dais el paso, no os va a oponer ninguna medida coherente.

Julius Henry seguía jugando con el puro en la mano. Finalmente dijo:

—Si queríais que me sintiera imprescindible, lo habéis conseguido.

—Y ese mentecato está acumulando más barajas con la intención de invadir Libertonia –añadió Alicia-. Hay que actuar. Es un memo, pero puede enviar millares de soldados-naipes en dirección a su nación.

Julius Henry se quedó pensativo. Después se puso el puro en la boca, se levantó de la mesa y concluyó:

—Creo que lo mejor que puedo hacer es ir organizando con tiempo mi huida de la república.

—¿Huir?! –exclamó incrédula Alicia.

—Entiéndelo, mi pueblo lo comprenderá –se explicó Julius Henry, dejando su servilleta sobre la mesa-. Y si no lo entiende, ya no importará. Porque como la república habrá quedado anexionada al reino de Arnolfo XXXI, ya no será mi pueblo. En todo caso, será su pueblo.

—No me lo puedo creer. Me avergüenzo de que un jefe de Estado pueda decir tal cosa –exclamó Alicia-. ¿Es que usted no tiene dignidad? ¿Es que ya no le queda ni un gramo de patriotismo?

—Sí. ¿Es que no le queda dignidad? –añadió la Liebre, que creía que se trataba de un juego de palabras.

—Mira, muchacha, nosotros los jefes de Estado tenemos una especial aversión a ser metidos en la cárcel –explicó, dirigiéndose a la puerta-. Debe ser algo inherente al cargo. Nos gusta aprobar presupuestos penitenciarios, pero no nos place disfrutar de esos servicios. Además ya pasé cuatro días en la cárcel.

—¿Ah, síiii? –dijeron a coro el Sombrero y la Liebre.

—Sí -continuó Julius Henry-, un año ha, el gracioso de mi secretario puso mi nombre en un documento, en vez del nombre del convicto. Era una orden presidencial de encarcelamiento. Aquel día firmé tres docenas de documentos, y por supuesto no me los leí todos. Así que aquella misma tarde, la policía me metió en la cárcel. Sólo al cuarto día logré convencer a mi carcelero para que me prestara un papel y una pluma para firmar mi inmediata excarcelación.

—Debió de ser muy duro –dijo una oruga, la oruga historiadora.

—No creas –contestó Julius Henry-, la televisión entretiene mucho. Sobre todo los informativos. Y al mediodía hay programas de cocina.

Alicia, con la cabeza entre las manos, comenzaba a comprender por qué su tío tenía todas las de ganar en las campañas que iba a emprender. Quizá el rey Arnolfo tenía razón, y era hora de comenzar a poner orden.

—Señores –dijo Julius Henry, levantándose y arreglándose el chaleco de su smoking-, me van a disculpar... pero debo preparar mi fuga.

## Capítulo IV

EL JOVEN ANTOIN HAMELETO SE DETUVO UN MOMENTO PARA contemplar una vez más el jardín trasero de la casa de su tío. Como agobiado por el peso de un pensamiento, se llevó el dedo pulgar e índice al entrecejo. La losa de la duda le oprimía con su peso. Salió a la calle, necesitaba pasear. Antoin odiaba aquel barrio de Puerto Príncipe, aquella pobre barriada de favelas en las afueras de la capital de Haití. Hubiera querido llorar, pero aquellas calles estrechas estaban repletas de viejos y jóvenes sentados a las puertas, sobre el suelo, en sillas, en hamacas. Todos miraban al que pasaba, todos se conocían más o menos.

Antoin, sin saber mucho qué hacía, tal vez para aparentar normalidad, se acercó a una tiendita a comprar un helado. Un helado de vainilla servido en un vasito de cartón azul. Anduvo paseando sin rumbo dos horas. Se metió en el mar para refrescarse, sin quitarse la ropa, no nadó. Su piel muy negra contrastaba con la camisa de algodón blanquísimo que llevaba puesta. Él, como su tío al que odiaba, eran descendientes de mil tribus africanas mezcladas durante siglos en esa isla. Toda la sangre de África se había mezclado y vuelto a mezclar en esa barriada, en ese océano, de decenas de miles de casas.

Ya estaba más relajado, regresó a casa a cenar; aunque todavía faltaban tres horas para la cena. Su madre, una inmensa negra con un pañuelo en la cabeza, le preguntó dónde había estado, sin dejar de dar vueltas a una gran cazuela con trozos de ternera durísima y patatas. Estaría cocinando a fuego lento dos horas. La carne saldría blanda y podría deshilarla para servirla con arroz y porotos, unas judías muy pequeñas oscuras.

—¿Te apetece el caldo de siempre?



Preguntó la madre, abstraída en su trabajo. Con las patatas bien machadas hacía un caldo espeso, casi una crema, que le gustaba a Antoin desde que era pequeño.

—Vale —contestó sin entusiasmo el hijo y se fue a tumbarse a su habitación en la planta de arriba de esa casa donde las ventanas siempre estaban abiertas y la brisa tropical recorría siempre pasillos y habitaciones. A la hora de la cena, a pesar de haber seis personas en torno a la mesa cubierta con hule, no se habló mucho. Más bien se comió en silencio. El tío de Antoin se llamaba Makenley y era un africano inmenso de casi dos metros de altura, fortísimo y con un carácter agresivo. Se decía que había matado a alguien tiempo atrás, pero allí era difícil ir a la cárcel. Se decía que se había casado con la mujer de su hermano, a pesar de no ser ésta muy agraciada, por hacerse con la panadería de su hermano.

El tío de Antoin, de músculos de acero a pesar de sus cincuenta años, era hombre de pocas palabras y mirada dura. La mala relación había comenzado casi desde el principio. Pero el hijastro le tenía miedo. Aunque ahora el odio iba haciéndose más fuerte que el miedo y, desde hacía un mes, le contestaba de un modo más cortante a su tío. Como un rey despótico, su tío regía la panadería de su difunto hermano con dos empleadas maduritas a las que despreciaba. Tenía enfados violentos, era exigente, siempre desconfiaba con el dinero, en su imaginación le parecía que las dos dependientas no hacían otra cosa que perder el tiempo. La panadería era su reino y siempre dejaba claro a todos que allí mandaba él. La madre de Antoin no se le pudo oponer. Además, un par de veces ya le había levantado la mano.

Después de la cena, Antoin se tumbó en una hamaca en el terreno de la parte de atrás. Los hijos pequeños de Makenley jugaban y se peleaban. Eran hijos naturales de su tío. De estos se había hecho cargo, únicamente, porque sus madres habían muerto. Pero quién sabía cuánta más descendencia de él estaría a esas horas correteando por el barrio.

Su tío salió del interior de la casa. Sin que le viera, puso cara de disgusto al ver a su sobrino, pero se tumbó en otra hamaca. Hubiera preferido estar solo, pero no dijo nada. Makenley se consideraba el rey de de vidas y posesiones de todos los que vivían entre esas cuatro tristes paredes. Siempre era servido el primero. Siempre se servía el mejor trozo de carne. “Tráeme las llaves de encima de la mesa de arriba”, le ordenaba a su hijo pequeño si se había olvidado algo. Él, desde luego, nunca se iba a levantar. Aquello era un reino en el que su tío ostentaba los tres poderes constitucionales.

Antoin le miró. ¿Habría él asesinado a su querido padre? Siguió leyendo un libro sin cubiertas mientras su tío se quitaba la camiseta y comenzaba a abanicarse.

Al cabo de un cuarto de hora, padraastro de Antoin, agobiado por el calor, derramó un vaso de agua sobre el pelo crespo de su cabeza y su pecho. Siguió abanicándose cinco minutos más, hasta que aburrido preguntó:

—¿Qué es eso?

Con esa pregunta quería saber qué estaba leyendo. El hijastro le miró con cierto desprecio disimulado.

—Es la historia de un héroe tebano.

—¿Tebano?

—Es una ciudad antigua –aclaró el lector, que tampoco sabía nada más de ella.

El tío movió la cabeza como diciendo: tonterías. Antoin no iba a decir nada más. Pero le continuó explicando de qué trataba el libro:

—Un oráculo había predicho a Layo, que era el rey de Tebas, que su hijo le mataría y que se casaría con su madre. El pequeño Edipo tenía que haber sido expuesto en cierto lugar con los pies mutilados, pero fue antes recogido y educado por otro rey, el de Corinto. Ya de mayor recibió del

oráculo de Delfos el consejo de huir de su patria, pues de lo contrario corría el peligro de matar a su padre y de casarse con su madre. Más adelante, en cierto lugar, se querelló con un viajero y le mató. Era su padre.

El padrastro, que había comenzado a escuchar con total desinterés, al oír someramente la trama de la historia, no pudo evitar seguir escuchando con una incomodísima atención. Pero no dijo nada. Antoin prosiguió:

—Llegó a su patria, donde la Esfinge le propuso los enigmas que planteaba a los viajeros; supo responder. Aquellas tierras quedaron libres de la Esfinge. Los tebanos, agradecidos, nombraron al joven su rey. Y se casó con Yocasta, su madre, aunque sin saberlo. El oráculo se había cumplido.

—¿Qué es un oráculo?

—Alguien que habla de parte de los dioses.

—¿Un santero? ¿Un brujo?

—Algo así. Alguien que dice la verdad que le es revelada de lo alto.

El tío rió con una risa nerviosa, estruendosa, despectiva. Después añadió con su voz grave de facineroso:

—Un oráculo criollo necesitaríamos en este macanudo barrio de Pòtoprens, como dice el *Argentino*. Alguien que nos dijese la verdad sin cobrar mucho.

—¿Pagar por la verdad? —tras la pregunta resopló con los labios. Después, el sobrino afirmó con fría lentitud, pero sin darle importancia: La verdad acaba sabiéndose —en ese momento Antoin miró con más atención a su padrastro. Y preguntó con cierta crueldad:— ¿Quieres saber cómo acaba la historia?

El padrastro mató un mosquito sobre su pierna con un golpe violento. Demasiado violento para un simple mosquito. Había demasiada rabia contenida en ese golpe.

—¿Te cuento el final?

Se encogió de hombros como queriendo decir que le daba lo mismo. Antoin prosiguió:

—Después de la revelación de la verdad su esposa y madre se ahorcó, y su hijo, Edipo, se cegó. Sus hijos le expulsaron de Tebas. Y finalmente desapareció misteriosamente después de errar por varios lugares.

Antoin, que se había incorporado un poco en la hamaca, una vez que acabó la explicación, se volvió a recostar completamente. Su padrastro no dijo nada. Se notaba la tensión. Su duro rostro permaneció pétreo.

Los dos miraban al cielo, uno al lado del otro, los cuerpos tumbados y sudorosos respiraban lentamente. Una perfecta ausencia de ruidos reinaba en el jardín. De lejos, sólo llegaba hasta allí el lejano sonido de dos viejas motocicletas. Pero fuera de eso y algún ladrido suelto, silencio y quietud. Y, sin embargo, aquellos dos personajes estaban rodeados de una carga de 10.000 voltios. Cada uno pensaba en su acompañante, cada uno se preguntaba cuál debía ser el siguiente paso que debía dar. ¿Debía haber un siguiente paso? ¿Era mejor actuar para prevenir? Esperar sólo serviría para que el otro diera el primer paso.

## Capítulo V

EL YA NADA JOVEN, SINO ENVEJECIDO, IVÁN HAMLETOVITCH SE DETUVO un momento a contemplar la mole gris del inmenso edificio de los Ministerios situado en el centro geográfico de la gran ciudad. Como agobiado por el peso de un pensamiento, se llevó el dedo pulgar e índice al entrecejo. La losa de la duda le agobiaba con su peso. Por la tarde volvería a hacer una visita al cementerio, ahora debía ir al trabajo. Un par de visitas a la semana no es un exceso, pensaba. El cielo amenazaba nieve, los ojos de Iván seguían fijos en el horizonte. Barrios y más barrios, hasta el horizonte, una ciudad gris, inacabable, inabarcable, la más extensa urbe del mundo. Todos los edificios tenían diez pisos de altura, todos tenían los mismos tonos grises, siempre ese color gris. Solo los edificios del complejo ministerial y los de la zona Lenin descollaban entre la masa urbana.

Iván no se cansaba de contemplar Moscú. Podía haber otras ciudades más bellas en el orbe, pero en Moscú residía el poder. Moscú era, sin lugar a dudas, la capital del mundo. En 1999, Europa entera, Asia, la mitad de los países de África y Latinoamérica formaban ya parte del Comecon. Sólo Australia, la parte norte del continente americano y una treintena de países se mantenían rebeldes a aceptar el benéfico yugo de las doctrinas comunistas. Cuarenta años contemplaban el triunfo mundial del comunismo. Cuarenta años de triunfo planetario del proletariado.

Iván dejó de mirar por la ventana de su piso. Estiró su brazo derecho, lo metió por la manga del grueso abrigo oscuro, sin prisas, sin prestar atención. Iván tenía ya cuarenta y siete años, pero se sentía pesado. En pocos años había envejecido mucho. Abotonó lentamente el abrigo. Se colocó una bufanda gris en el cuello. Sobre la cabeza el usual gorro ruso

de piel. Sin prisas se enfundó sus manos en los guantes y tomó su cartera oscura. Toda esa operación de abrigarse la realizó con la parsimonia.

Abajo le esperaba el chófer de un coche oficial. A  $-16^{\circ}$  la ropa de abrigo es necesaria aunque el chofer de su coche oficial le esperase, como cada día, a veinte metros del vestíbulo del edificio de su casa. El chófer cerró tras el la puerta, Iván nunca solía saludar al chófer. Dentro del coche, Iván sólo se quitó el gorro y los guantes.

Los monumentos del triunfo del proletariado flanqueaban a ambos lados la Avenida Voronov, veinte kilómetros de avenida que unían la zona Lenin, el barrio residencial de los altos funcionarios, con el complejo ministerial. En los últimos veinte años la estética oficial había tenido una especial debilidad por la estatuaria. Afición que había proporcionado aquellos colosales conjuntos escultóricos a ambos lados de la avenida. Los moscovitas, bien abrigados, en la base de esos pétreos conjuntos caminaban a paso ligero hacia sus trabajos.

A la derecha, un grupo de estatuas de sesenta metros de altura conmemoraba la incorporación de Alemania Occidental al nuevo orden socialista. Las monumentales letras cirílicas Германия coronaban la inscripción “1 9 6 9”. Año de la voluntaria anexión, libre asociación... ¿qué palabra usar? Ingreso de aquellas masas proletarias al nuevo supraestado que iba arrasando todo tipo de barreras creadas durante siglos de dominación burguesa. Batalla tras batalla, los reyes habían creado esas fronteras por sus propios intereses personales. El proletariado las sobrepasaba ahora como una ola que nadie podía contener. Qué bien haber nacido en esa época.

Más adelante y también a la derecha de la misma avenida, se hallaba el conjunto escultórico que recordaba la incorporación en 1973 de la bella Italia. Siempre me ha sorprendido que un país tan rojo como Italia tardara tantos años en ser integrado en nuestro cuerpo, pensó Iván mientras se quitaba la bufanda. Ya empezaba a tener calor con la calefacción del automóvil.

A derecha y a izquierda los nombres de naciones y más naciones proclamaban en alta y orgullosa voz el triunfo de la utopía sobre aquellas tierras lejanas, sobre aquellos pueblos casi desconocidos para el ciudadano de a pie que se dirigía a paso rápido al trabajo.

Ellos sólo piensan en llegar a tiempo a sus puestos, pensó Iván. Se han acostumbrado a esas esculturas, no son conscientes de la gloria para la Humanidad que cada una de ellas supone. Miles, cientos de miles, millones de moscovitas que a esa hora se encaminaban a su lugar preciso dentro de la maquinaria estatal. Iván, desde su asiento trasero en el automóvil, les dirigió una mirada fugaz.

Su coche negro, oficial, conducido a buena velocidad, se dirigía hacia aquella masa arquitectónica que conformaban los más del centenar de ministerios de la Unión Soviética. En medio de todos aquellos edificios sobresalían las torres de cuatro o cinco ministerios más importantes. El automóvil ralentizó su marcha y acabó deteniéndose ante el primer control de guardias.

En aquella zona había varios controles, pero el chófer había dirigido su coche hacia el control A. Uno de los pocos sin coches en espera. Iván Hamletovitch siempre pasaba por ese control porque él era el Ministro del Ministerio de Información. A su coche no hacía falta verificarle las credenciales, su rostro era conocido por los guardias que, tras asomarse por la ventanilla, se cuadraron y saludaron.

Las barreras fueron levantadas al momento. Cualquier otro mortal hubiera sentido un cierto sentimiento de orgullo ante aquellos guardias saludando militarmente, pero el ministro Hamletovich lo único que deseaba era que por fin llegara la tarde para visitar el sepulcro de su padre. Iván había logrado ser ministro a los treinta y ocho años. Eso era algo inusitado en medio de aquella gerontocracia. Pero su padre, ahora difunto, que había sido el anterior Primer Ministro de la Unión Soviética había disfrutado durante años de una formidable influencia sobre el Politburó.

No era fácil que el hijo de un jefe de estado llegara a ministro. Estaba mal visto.

Iván salió de coche y entró en el Vestíbulo Volochoy del Ministerio de Información, el Vestíbulo Volochoy era el acceso para los altos cargos del Ministerio y las visitas de importantes funcionarios. Más guardias cuadrándose a su paso sobre las alfombras. Pero el ministro pasaba entre ellos como alguien ya acostumbrado a los saludos militares. Iván tenía el aspecto típico de la alta cúpula del poder. De estatura normal tirando a baja, un hombre pesado, de gruesas manos, de cabeza redondeada y gruesas cejas muy pobladas. Los hombres del poder en Moscú enfundados en aquellos abrigos oscuros, con sus bufandas, sus guantes, semejaban nobles armados en sus armaduras, una especie de señores de un feudalismo científico.

Iván por fin se sentó en la mesa de su despacho. El Pravda a su derecha y los informes del día a su izquierda. Normalmente solía dedicar la primera hora de su trabajo a la administración ordinaria.

—Natasha, que Serguei Orlov se presente en mi despacho a la 1:00 — ordenó fríamente Iván.

La labor del ministro era terriblemente burocrática. Buena parte de la mañana era empleada en firmar permisos y leer extractos de informes que requerían su pase. Usualmente tenía también una pequeña reunión a media mañana con cuatro o cinco funcionarios para discutir tediosos asuntos. La labor del Ministerio podía parecer apasionante a los ojos de un extraño, pero el día a día, el trabajo concreto, era horrorosamente aburrida. El Ministerio de Información velaba para que la información que llegase a los ciudadanos fuera lo más fiel posible a la verdad.

En el descomunal complejo del edificio de los Ministerios había un Ministro de Radiodifusión y un Ministro de Medios de Comunicación Escrita, pero el Ministro de Información era el encargado de velar por la



salubridad de toda esa información, así como de la información que se proporcionaba en las Universidades. La misma función que el Ministerio de Salud Pública realizaba revisando las conservas y los embutidos, la realizaba el Ministerio de la Información con las noticias, libros, programas y revistas. Los profesores y las personas en general eran tarea del Ministerio del Interior. En las oficinas del ministro Hamletovitch, se encargaban del aspecto material, digámoslo así. De la faceta humana, se encargaban, ya en una segunda instancia, los de Ministerio del Interior.

Si el Estado se cuida de que no sean dañinos los alimentos del cuerpo, mucho más deberá preocuparse que no sean nocivos los alimentos de la mente, indicó pomposamente el camarada Primer Ministro en el discurso fundacional del Ministerio en 1964. Los comienzos del Ministerio fueron modestos. Pero nadie puso en duda entonces de que alguien tenía que centralizar el archivamiento de las deformaciones de la información que la Republica de los Soviets producía a un ritmo cada vez mayor. El KGB, la prensa, las cúpulas del saber universitario, cada uno deformaba por su cuenta. Alguien tenía que empezar a planificar de un modo más centralizado. Había que crear un archivo central y alguien debía comenzar a ejercer de árbitro.

Como es lógico, dividir entre el aspecto objetivo y el humano suponía un gasto de recursos y ciertas duplicidades. Con el tiempo, Iván se dio cuenta de la inteligencia que había detrás de tal división. No querían concentrar todo el poder en un sólo ministro. El Politburó, con muy buen juicio, mucho menos quiso encargarse de todo eso al KGB. Eso hubiera supuesto concentrar todavía más poder en sus ya excesivamente poderosas manos.

Así que los sabios pensantes del Politburó aconsejaron a la anciana cúpula del Comité Central del Partido la creación de un ministerio nuevo. Un ministerio sin medios de comunicación, sin servicio secreto, sin nada. Tan solo dotado de ideólogos capaces de organizar y optimizar la depuración de la información, y una nutrida burocracia que les permitiera llevar a cabo sus fines. Si después había que actuar sobre alguien, sólo

había que descolgar el teléfono, llamar y el Ministerio del Interior se encargaba de todo de acuerdo a las directrices que se les daban.

A los formidables archivos del ministerio llegan todas las deformaciones de la verdad que, en pro del bien común, el Estado de los Proletarios debe producir. Sobre todo, lo que más llegaba eran deformaciones de la Historia y DRL (iniciales de Deformatsia Realnasti Litsniyi) así se denomina a las deformaciones del conocimiento de la situación actual. Como es lógico muchas veces llegaban proyectos de deformación que colisionan con proyectos de otros departamentos. Hay que poner orden, naturalmente. Y no sólo solucionaban conflictos, también emanaban criterios, normas, e incluso diseñaban directrices y líneas maestras que deben regir las actuaciones en décadas futuras.

Como le explicaba el ministro a otro alto funcionario trasladado a su Ministerio desde otro departamento externo: Hemos intervenido en la documentación acerca de las purgas de Stalin, en la de los acuerdos Molotov-Ribbentrop, o en la de nuestra intervención en Praga en 1968. Como bien sabes, los crímenes de Stalin, por supuesto, no existen en nuestros libros de historia. Pues bien, ahora ya no existen ni siquiera en los archivos del régimen. Y la verdad es que hubo muchos hechos, pero con la meticulosidad de un relojero hemos ido cambiando, pieza a pieza, todo aquello que era un rastro de lo que verdaderamente sucedió. Hemos visitado todos los archivos, todos los documentos. Cuando ha sido posible modificar, hemos modificado. Cuando ha habido que amputar, hemos amputado.

El historiador que quiera saber la verdad dentro de un siglo se encontrará con un silencio, con un vacío documental. Podrá hacer conjeturas, pero la Historia se escribe con los rastros que deja ésta. Y nosotros, con todo el poder del Estado, hemos buscado esos rastros para irlos reduciéndolos a la nada. Además, contamos con otra ventaja. Conocemos nuestro mundo mucho mejor que lo hará el historiador de dentro de cien años. Eso nos permite saber donde buscar con un conocimiento muy superior al que pueda tener el que siga nuestros pasos

varias generaciones después. El tendrá que conjeturar donde buscar esos rastros, nosotros sabemos donde están esos rastros.

El ocultamiento de los gulags ya cerrados, de los historiales de ciertos internados en centros psiquiátricos... cada hecho requiere de una metodología distinta. Una cosa es la deformación de la verdad histórica de un hecho como un pacto entre ministros de Asuntos Exteriores; y otra muy distinta es la anulación de la información de miles de deportaciones. Nuestra labor es verdaderamente científica. Usamos de todos los adelantos de la técnica. Procedemos con la misma precisión y calma que catedrático al dirigir una tesis doctoral. Pero, sobre todo, nuestra labor es una labor eminentemente artesanal. Hay que atar muchos cabos. No sólo hay que eliminar una parte de la verdad, sino que hay que hacerlo de forma que nadie note nunca que allí hubo un poco de esa verdad.

Pero en toda esta obra hay que actuar con tino. Por ejemplo, en 1973, dos departamentos de nuestro Ministerio se encargaron uno del caso Suslov en Nizhni Novgorod, y el otro del caso Podgorny, este último un terrible caso de disidencia que implicaba a todo el claustro de la universidad de Vilna). Cada uno de estos departamentos se encargó de su caso, e hizo un trabajo fabuloso. Y cuando toda la falsificación documental estaba acabada y en su sitio, repartida en más de setenta archivos esparcidos en multitud de índices, registros y ficheros. Ficheros diseminados por cinco repúblicas. Se descubrió que ambos casos estaban interconectados en varios puntos. Y que ambas explicaciones oficiales eran diametralmente contradictorias.

Con todos los membretes y sellos, la explicación del Estado contradecía a la explicación del Estado. Y por si fuera poco, no podríamos evitar más allá de un par de meses que todo el asunto fuera no del dominio público (porque controlábamos los medios), pero sí que fuera conocido entre los claustros de profesores universitarios de toda una ciudad. La verdad es que aquél fue un caso muy especial. Hubo que buscar una

explicación plausible que encajara los puntos de conexión entre los dos casos y deshacer todo el entuerto en el menor tiempo posible. Cosa que logramos. Hubo, eso sí, que trasladar a puestos lejanísimos a más de una veintena de personas. Nunca supieron el por qué. No tenían ninguna culpa. Ninguna otra que haber estado en contacto con la verdad.

Sí, con una cierta frecuencia, nuestras deformaciones colisionan entre sí. Pero eso no es lo peor. De vez en cuando el Politburó ordena que se destruya en los archivos secretos de nuestro Ministerio cuál fue la verdad primitiva. Me vienen ahora a la mente sobre todo los tristísimos archivos referentes a las sesiones de tortura realizadas en el Departamento HVOZH de Seguridad del Estado. Una vez al año, como media estadística, llega a mi despacho la orden de destruir tal o cual segmento de información. Orden que me viene dada oralmente en forma de visita personal por el camarada Secretario del Politburó.

Eliminar algo, de vez en cuando, incluso del nivel A de los archivos es siempre una actuación muy delicada. Eliminar de forma absoluta que hubo una determinada actuación en un asunto dado es una orden que siempre me incomoda. Si eliminas el último vestigio de una mistificación, ya no hay vuelta atrás. Ni nosotros mismos sabremos qué fue y qué no fue la verdad. Es como si el mismo ser humano se realizara una trepanación. Y extirpando una pequeña parte de su cerebro olvidara incluso que se operó a sí mismo para olvidar algo. En nuestros archivos, donde antes hubo gruesos tomos encuadernados ahora hay lomos conteniendo cada uno un solo folio. Un folio con mi firma y la de de tres de mis secretarios. Y encima de las firmas:

Por orden del Camarada Ministro del Ministerio de Información, por mandato del Politburó, ante la presencia de los secretarios que suscriben abajo, se destruye el tomo XAQQV-2335-a8 el día 3 de octubre de 1973.

Cuando a veces me encuentro con estos vestigios de la amnesia, anteriores a mi promoción como cabeza de este Ministerio, me pregunto qué contendrían esos huecos. Huecos que en menos de un par de meses son rellenados de nuevo por otros tomos. Las hojas sueltas que

evidenciaban una acción se reúnen y cosen en un nuevo tomo que recopila ese tipo de acciones anuladoras. Se lleva registro de tales acciones, pero no del asunto acerca de cual versaba esa acción anuladora. Los huecos de los estantes aparecen rellenos de nuevo. Lamentable. Yo mismo, siempre que realizo esa operación eliminadora, no me recato delante de mis secretarios de echar una última hojeada de unos segundos a las páginas que vamos a quemar y después triturar. Quemar y triturar, porque los documentos que se queman, después pasan a un cilindro de trituración. Puede parecer una precaución excesiva, pero nuestro servicio secreto podría leer incluso una hoja quemada, si ésta permanece íntegra. Y los libros al ser quemados permanecen compactos en buena parte.

Al cabo de varios años, voy olvidando lo que ha perecido en nuestras calderas. Mantengo las líneas generales de los asuntos en mi cabeza. Pero todo se va difuminando en el tiempo. Y yo mismo ya no sé lo que he olvidado, por el mismo hecho de que lo he olvidado. Es la consciencia de que no recuerdo lo que he olvidado.

Pero, frente a lo que cree la imaginación popular, estoy en condiciones de afirmar que, desde 1974, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no ha asesinado a nadie en territorio de la Unión Soviética. Al disidente primero se le avisa, y si no cambia después de aplicarle ciertos correctivos, sólo entonces, se le traslada a un gulag. Y únicamente en los peores e inusuales casos de completa rebeldía en el gulag uno se ve obligado a internarlos en un centro psiquiátrico. Éste es el *modus procedendi*, como se ve muy alejado de lo que imagina la fantasía de algunos exaltados de las masas. ¡No somos unos bárbaros!

Pues aunque sea un método, digamos que doloroso, es al fin y al cabo un método muy racional. Es el disidente el que decide hasta donde quiere llegar: hasta la pérdida del trabajo, hasta el traslado de ciudad, o hasta el confinamiento en un campo de trabajo. Yo diría que es un método casi científico. Casi diría que es como un acuerdo entre el Estado y el disidente. Es el disidente el que libremente, insisto, con toda libertad, decide hasta qué nivel de incomodidad quiere llegar. Completamente

alejado de las crueldades postrevolucionarias de un Estado que necesitaba afianzarse. Qué lejos quedan aquellos años de un Beria o un Merkulov. Aquellos hombres mejor hubieran debido dedicarse a trabajar en una carnicería. El Ministerio de Información no tiene nada que ver con aquellos primeros pasos brutales.

Es cierto que ha habido un cierto número de personalidades famosas en nuestra Nación y en nuestros países satélites, a las que ha sido preciso ingresarlas repentinamente en un centro psiquiátrico, y allí ponerlos enfermos rápida e irreversiblemente. Pero estos casos lamentables son suficientemente escasos, como para que podamos seguir afirmando con honrada honestidad que el sistema funciona muy bien: el sistema de nuestro ministerio que permite que siga adelante el Sistema General. Como el lema que siempre repito a mis subordinados: *Orden en el Ministerio, para que continúe el orden general.*

Es más, el sistema de control de la población es optimizado año tras año. Razón por la que el índice estadístico de aparición de casos de disidencia desciende paulatinamente. Y tal hecho estadístico es completamente lógico: el índice de mejora de nuestro control es inversamente proporcional a la esperanza que tiene un disidente potencial de pensar que con sus acciones logrará algún cambio.

A Iván Hamletovitch, su secretaria le colocó un café sobre la mesa. El ministro rememoraba todas esas explicaciones que hacía, muy rara vez, a algún recién llegado a los niveles superiores del ministerio. Eso era raro, porque en ese ministerio pocas veces desembarcaba alguien de fuera. Los que comenzaban en esas oficinas seguían allí hasta el final de su carrera. Muy pocas veces era totalmente necesario incorporar a alguien con una formación muy técnica y precisa, alguien que tuviera que trabajar en algún nivel muy elevado. Cuando eso ocurría, cuando alguien de un escalafón muy importante de otro ministerio llegaba y había que explicarle todo, Iván sentía un orgullo indescriptible. Porque sólo cuando se ofrecía una

visión general de ese ministerio era cuando uno se hacía consciente de lo admirable y grande que era el sistema.

El camarada Ministro cerró el periódico, acabó su café y dio comienzo a su aburrida labor con los papeles. Trabajaba solo en el despacho, la nieve fría caía tras la ventana.



EL FINAL DE LA MAÑANA LLEGÓ, Y EL SUBSECRETARIO apareció a la una en punto por la puerta del despacho.

—Buenos días, camarada Orlov –le saludó Iván.

—Buenos días, camarada Ministro.

—Vamos a dar un paseo por el pasillo de la sala de conferencias, hoy me siento... como que necesito andar. Deben ser los bollos que he desayunado hoy.

—Una digestión pesada.

—Eso debe ser, eso debe ser.

El largo pasillo de la sala de conferencias estaba desierto, los dos hombres comenzaron a recorrerlo una y otra vez mientras charlaban con las manos a las espaldas.

—Camarada Orlov –comenzó el ministro-, no estamos dando este paseo porque haya desayunado en exceso. Sino para evitar que alguien del Servicio Secreto pueda grabar nuestra conversación.

—¿Tiene algún temor concreto al respecto?

Iván se sonrió.

—Alguien en mi puesto, siempre tiene unas diez o veinte razones por las que podría ser investigado. Pero probablemente no hay nada. Pero es mejor no correr riesgos. Vamos ahora mejor por ese otro pasillo. Estos son capaces de colocar micrófonos incluso en los pasillos. Mire, le voy a encargar una misión especialmente delicada. Le he elegido, camarada, primero porque tengo plena confianza en su fidelidad hacia mí. Y segundo porque usted tiene los contactos necesarios dentro del Ministerio del Interior para lograr una información que me es absolutamente necesaria pero que no quiero que discurra por el conducto oficial.

Orlov le miraba con suma atención. El ministro hablaba sin ningún tipo de alteración en su rostro, como alguien que está acostumbrado a tratar todos los días asuntos de la mayor trascendencia.

—Usted conoce a causa de su trabajo —continuó el ministro— un buen número de agentes y funcionarios en ese Ministerio. Debe encontrar a alguien del Ministerio del Interior que a su vez tenga contactos con funcionarios del KGB del 2º Alto Directorio.

—¿El del control político interno?

Sí, exacto. Quien sea no importa, la cuestión es que alguien de ese servicio eche una mirada a la información que poseen acerca de la muerte de mi padre

—¿En el archivo de la Luvianka?

—No, lo que tengan lo tienen en un archivo de Krasnogorsk, en el departamento de control político interno. ¿Está claro?

—Sí, camarada ministro. ¿Pero cree que sobre un tema tan importante tendrán información en un archivo tan poco importante? Las cosas del Politburó las lleva un directorio especial.

—Me consta que un equipo que estaba investigando otro asunto, una cosa sin importancia, por pura casualidad descubrió algo. Algo que,



cuando lo vio un jefe esa sección de la KGB, decidió darle carpetazo y olvidarse del tema.

—¿Pero está seguro de que los informes de las pesquisas previas se habrán conservado?

—Sí, esos ya estaban archivados, parece ser. Para destruirlos hubiera tenido que rellenar la solicitud por el conducto reglamentario.

—De acuerdo, todo está claro.

—Sobre este asunto no comentaré nada a nadie dentro de nuestro Ministerio. Y si algo me tiene que decir o preguntar sobre esto lo haremos en este pasillo. Únicamente en este pasillo. Si viene a mi despacho y se rasca detrás de la oreja será la señal convenida de que tengo indigestión y tengo que pasear un poco.

—Entendido.

—Buena suerte.

## Capítulo VI

DOS DIAS DESPUES IVÁN ESTABA CENANDO EN LA MANSION DEL PRIMER Ministro, no en la zona Lenin, sino en el mismísimo Kremlin. Los informes de Orlov aún no habían llegado, probablemente se demorarían un par de semanas o más. Iván Hamletovitch comía con lentitud, el ministro siempre comía con lentitud y parsimonia. El ahora Primer Ministro era también su tío. Esos lazos familiares en la cúpula eran un hecho extraordinariamente inusual, porque si algo estaba francamente mal visto entre el funcionariado y el Politburó era el nepotismo.

La cena era de tres. Iván, el Primer Ministro y su madre, recientemente casada con el hermano de su padre. La comida nada especial. El comunismo era tacaño hasta para los guardianes del sistema. Eso sí, las vistas daban a la Plaza Roja y del techo colgaban lámparas de cristal. La residencia oficial del Primer Ministro conservaba el estilo de decoración zarista, pero el tenor de vida entre esos muros no desdecía para nada el ideal marxista.

La conversación entre los tres navegaba las aguas de los asuntos familiares para retornar a las cuestiones de Estado y pasar de nuevo a lo intrascendente. El aburrimiento se palpaba en el ambiente. Los tres trataban de ser agradables, pero los tres no hacían más que mantener aquella especie de atonía. Iván se había convertido en un hombre frío y entristecido, sobre todo tras la muerte de su amante Masha, seguida poco después de la de su padre.

—Iván... Iván Hamletovitch, hijo de mi querido hermano Nikita —le dijo el Primer Ministro Leonidas por fin poniendo algo de entusiasmo—, te voy a enviar a Inglaterra como delegado oficial del Congreso Internacional de la HHTMS. Tu única misión será dar uno o dos discursos. Mi

departamento te los preparará. Extraoficialmente quiero que sondees como prospera la división territorial de Gran Bretaña.

—Ya te habrán comentado cuanto le insistí a Manarov acerca de la conveniencia de dar absoluta independencia a Gales y Escocia. Cuanto más pequeños sean nuestros satélites más fácil será la labor del Hermano Mayor.

—Pues ya sabes, prepárate para el viaje dentro de un mes, creo que el congreso es el 12 de febrero. Perdona por habértelo dicho con tan poco tiempo. Pero ha sido una decisión de última hora. Iba a enviar a otro ministro, pero lo necesito aquí.

—Qué bien, hijo, por fin vas a ir a Inglaterra como tanto habías deseado desde hace tantos años –le animó su madre.

Iván Hamletovitch tomó otro trago de vino sin mirar a su madre. Ni siquiera le sonrió. De vez en cuando, Iván gustaba de hacer que se sintiera culpable su madre, por lo que él consideraba que había sido una traición a su padre. Su madre no dijo nada. Un aire de incomodidad recorrió la mesa, pero ninguno de los tres dijo nada. Nadie abrió la boca durante un rato.

—¿Sabes que la Reina de Inglaterra ha puesto su residencia oficial en Maine? –continuó el Primer Ministro tratando de distender un poco el ambiente.

—¿Maine? –preguntó la esposa.

—Es un lugar de la Costa Este de Estados Unidos –respondió su hijo.

—No deja de ser una ironía que la Reina de Inglaterra acabe siendo residente de una república –bromeó Iván.

—Y de una república secesionista de su corona –añadió su tío-. La Reina de Inglaterra ha acabado siendo residente de... ¡Nueva Inglaterra!

Todos rieron, aunque con moderación. La madre miró hacia la ventana. Nevaba pesadamente. Los camareros trajeron el postre, unas sencillas natillas.

—Estados Unidos sigue resistiendo como Troya –comentó el Primer Ministro.

—No sabes cuanto se esforzó tu hermano porque nuestra propaganda penetrara entre su proletariado –comentó la madre-. Pero lo que dices, se sienten como Troya.

—Pero recuerda que no debemos penetrar en ese país hasta que consolidemos los países más recientemente incorporados –aconsejó Iván-. Estados Unidos podría convertirse en nuestro Vietnam. Además, pienso que Estados Unidos, Canadá y Méjico deben ser dejados para el final. Sólo tras una completa conquista planetaria esa fruta estará madura para ser colocada en nuestra cesta.

Aquella cena acabo como todas la cenas, con el coche oficial esperándole en la puerta, con los guardias saludándole, y con su coche atravesando unas calles desiertas a esa hora en medio de un frío terrible.



LA PESADA PUERTA BLINDADA SE ABRIÓ LENTAMENTE. UN GUARDIA A cada lado de la puerta custodiaba aquel acceso día y noche. Allí nunca penetraba la luz natural, no había ventanas, sólo un inacabable y gélido pasillo sin calefacción. Justo antes de entrar, un tercer guardia sentado en un pequeño escritorio con teléfono, anotó en el libro de entradas los nombres y datos de las cuatro mujeres que iban introducirse en aquellos archivos.

Aquellas cuatro mujeres eran el grupo de limpieza. Una vez al año se barría el suelo y se quitaba el polvo a los armarios de la Gran Matriuska.

Gran Matriuska era el nombre con el que era conocido el sector de cámaras donde se guardaban los más confidenciales informes del KGB.

La parte más inaccesible de aquellos archivos era la que correspondía a ocho cámaras que estaban situadas en el mismo centro de los subterráneos. Las ocho cámaras estaban dispuestas formando un gran cuadrado de dos cámaras por lado. Este sector estaba rodeado por una capa de hormigón de un metro de grosor. Dentro de este bunker, un sistema de pasillos con puertas blindadas, permitía acceder a las distintas salas.

A la Gran Matriuska no entraba nadie. El resto de la información del Servicio de Inteligencia estaba en sectores más accesibles. Sin embargo, este bunker estaba pensado para aquella información correspondiente a lo que en la organización se llamaba archivos muertos. Es decir toda aquella documentación que ya no era necesario volver a consultar, casos cerrados que por seguridad había que custodiar pero no destruir.

Una vez al año cuatro mujeres pertenecientes a los servicios de limpieza del edificio, se introducían en aquellas cámaras. Todos los pasillos estaban cubiertos por armarios repletos de aquellos gruesos tomos amarillos. En el lomo de cada tomo, sólo un número. En mitad de cada pasillo, una mesa con una lámpara para poder consultarlos.

Las cuatro mujeres de la limpieza atravesaron la puerta escoltadas por dos guardias armados que les acompañaban desde que tomaron el ascensor en el piso de arriba. Los guardias les vigilaban durante toda la mañana, ellos barrían y los otros miraban. Tenían que limpiar en grupo, no estaba permitido que fuera cada uno por su lado fuera de la vista de los guardias. Incluso si iban al lavabo tenían que ir de uno en uno y acompañados hasta la puerta por un guardia. A la jerarquía le incomodaba que alguien entrase en aquel lugar clausurado. Nadie debía entrar en aquel sector, pero el polvo no perdona ni los más comprometidos secretos.

Las cuatro gruesas mujeres iban acompañadas por silenciosos guardias con uniforme verde muy oscuro, cada uno con una reluciente insignia en sus anchas gorras. Esas mujeres habían trabajado toda la vida

en aquel edificio. El KGB había estudiado a fondo sus vidas, sus amistades, su psicología. Entre ellas, las tres veteranas limpiadoras desconfiaban de la nueva compañera. Algo no les convencía.

Ese día se iba a sacar información de allí. A veces el fallo en la seguridad viene por donde menos te piensas. Es más, en estos casos siempre suele venir de donde menos te piensas. Y así iba a pasar esta vez. El sistema iba a ser violado. Nadie sabría nunca que se iba a extraer información de allí, pero se iba a extraer. Y eso se realizaría no por algún medio traumático. Se haría con todos los permisos, con todas las firmas necesarias.

El sistema de protección tenía muchos vigilantes. Los vigilantes a su vez eran vigilados por otros funcionarios. Y estos a su vez lo eran por otros. La cuestión es ¿quién vigila al vigilante último que vigila al resto de vigilantes? Allí estaba el talón de Aquiles del sistema: Aleksei Liubotchka Basiliev. El funcionario encargado de aprobar las autorizaciones de acceso a los sectores de archivos.

El Manual de Autorizaciones explicaba que si el Supervisor de Accesos Restringidos tenía que acceder en persona a uno de esos sectores, debía solicitar la autorización al Coordinador General de Archivos. Sin embargo, el Coordinador General había nombrado a Aleksei coordinador en funciones, para los casos en que él estuviera ausente por enfermedad, vacaciones o trabajos fuera del edificio. Aquel día, día esperado desde hacía tiempo con la paciencia de un pescador, el Coordinador General estaba en casa con fiebre. Habían esperado mucho tiempo a que se pusiera enfermo. Pero, al final, ni siquiera esa fiebre era casualidad sino provocada. Ese día Aleksei debía estar ejerciendo esa función de coordinador en funciones.

De manera que Aleksei únicamente tuvo que autoconcederse, como Coordinador General en funciones, el permiso de acceso. A los demás siempre se les pregunta para qué van a consultar los archivos restringidos. Sin embargo, él no se hizo a si mismo ninguna pregunta.

Aleksei se dirigió directamente a la cámara precisa, al pasillo determinado, y acompañado de otros dos guardias cogió el tomo justo sin ningún titubeo. En el archivo de Krasnogorsk, se había logrado saber que los datos recogidos por aquel equipo se habían borrado. Sólo aparecía escrito: Todos los datos se han transferido a M343. Y debajo aparecía escrito: Harov 898-063. Eso significaba una carpeta concreta del archivo superior. La cual remitía, sin dar más detalles, a un tomo de la Matriuska.

En la mesa del centro del pasillo comenzó a consultar el tomo donde se recopilaba la información acerca del anterior Primer Ministro de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Las hojas referidas a su muerte no superaban las diez.

El camarada Aleksei estuvo media hora allí. Al salir tenía en su mente todos los datos que había hallado. Ya estaba libre del chantaje con que Serguei Orlov le había amenazado. En el Ministerio de Información tienen mucha información. Y la información, como el dinero, si se maneja bien sirve para obtener más información.

La nueva mujer del equipo de limpieza era el plan B si hubiera sido necesario sacar físicamente las hojas del archivo. Eso se hubiera hecho si hubiera sido necesario copiar demasiados nombres o números. Pero no hizo falta. Así que cuando la mujer de la limpieza pasó por allí, Aleksei se limitó a decirle: *Camarada, no hace falta que limpie este pasillo.* Ésa era la señal para no hacer nada. Si le hubiera dicho, *Camarada, limpie bien este pasillo que me ha parecido ver mucho polvo en algún rincón,* entonces se hubiera puesto en marcha otro plan.



ORLOV LLEGÓ AL DESPACHO DEL MINISTRO MEDIO MES DESPUÉS DE QUE se le hubiera hecho el encargo, el ministro había desayunado muchos bollos. Una vez en el pasillo, el subsecretario procedió a informar con un tono voz neutro y desapasionado.

—Camarada ministro, cuando el anterior Primer Ministro, su padre, murió de un infarto fue trasladado en un primer momento al Hospital Voroshilov. Allí le practicó la autopsia el doctor Dimitri Shovich. El cual dictaminó infarto agudo de miocardio. Hice averiguaciones sobre dicho doctor y resultó ser un médico forense militar. Y concretamente un miembro del departamento médico del Servicio Secreto. Así que sospeché.

—Claro, claro.

—Al día siguiente busqué la normativa legal respecto a autopsias. La normativa específica que en caso de muerte súbita o sospechosa la autopsia debe practicarse por el forense de guardia del respectivo departamento metropolitano. Cogí el coche y me desplazé personalmente al Hospital Voroshilov. Pedí los listados del personal de guardia en el hospital Voroshilov aquel 8 de octubre. En el listado aparecía el doctor Dimitri Shovich. La cuestión es cómo podía estar él de guardia si él pertenecía a un departamento médico castrense.

—¿Lo preguntaste?

—Pedí que me dejaran ver el listado original que ese día estuvo clavado en el tablón de anuncios de la sala de personal.

—¿Y...?

—Y el resultado fue que encontré tinta blanca, pintura correctora, bajo el nombre del médico militar. Al día siguiente volví con un aparato óptico, raspé la pintura correctora y me encontré con el nombre del médico de guardia. Un tal Titov. Cuando en el Departamento de Personal pregunté acerca de este médico resultó que ese día tuvo un ataque un ataque de diarrea tan impresionante que no pudo venir a su guardia.



—Casualmente, el director de ese departamento colocó a Dimitri Shovich sin dar más explicaciones. No quise ir a hacer preguntas al director de ese departamento, dado que era evidente que él estaba en el ajo.

—¿Crees que sabía qué iba a suceder?

—No, probablemente, desde algún servicio de seguridad simplemente se le hizo una visita, le mostraron las credenciales y le dijeron que ese día tenía que estar de guardia ese doctor. No sabía nada más. Debieron hacerlo sólo unas horas antes, para no darle a tiempo a él para que comentara el asunto con algún colega.

—¿Seguro?

—Sí, porque en la lista original de guardias aparecía Titov.

—Ya veo.

—Pero la cosa no acaba ahí. El director de ese departamento del hospital, al ver al día siguiente que el que había sido ingresado cadáver era el Primer Ministro, comenzó a pensar que algo muy raro había pasado. Así que se puso en contacto con un determinado comisario de la policía. Probablemente alguien que conocía. Pero la investigación se detuvo por orden superior, eso es lo que aparece en el archivo de Krasnogorsk. Simplemente se les debió decir que se iba a encargar otro grupo policial. Pero lo cierto es que todo acabó allí. Sea dicho de paso, el director de ese departamento del hospital fue destinado, una semana después, al hospital de Rudnogorsk, a 5000 kilómetros de distancia.

Iván Hamletovitch frunció el ceño y arrugó la frente.

Respecto a los archivos del KGB, estoy en condiciones de asegurarle que no tienen nada sobre todo este asunto. Lo que hayan hecho lo han hecho sin dejar constancia escrita.

—Bien, bien.

El Ministro estaba muy impresionado no por la efectividad de su subalterno, la conocía de sobra, sino por la información adquirida. Hasta entonces, el interior de la cabeza del ministro era un océano de dudas. Ahora ya no tenía dudas.

—Una cosa más.

—¿Sí? —dijo maquinalmente el Ministro sin apartar su mente de sus pensamientos.

—Al mirar todos los dossiers con el apellido del difunto, hemos descubierto un reciente informe acerca de usted.

—¿De mí? —la atención y la mirada del Ministro se volcaron completamente en su eficaz consejero.

—Sí.

—¿Qué dice?

—Con fecha del 15 de diciembre, se advierte que hay indicios en usted de desequilibrio mental. Y en ese dossier se remite a un informe anterior en el que ya se le estaba investigando.

—¿Investigando el que?

—Su salud mental.

El ministro se detuvo, cerró los ojos y se pasó la mano por el cuero cabelludo. Siguió caminando.

—Ha realizado un excelente trabajo, camarada Orlov. Bien sabe, usted, lo que significa la existencia de esos informes acerca de mi salud mental?

—Sí, camarada ministro.

—He caído en desgracia de alguien arriba de mí que está tratando de convencer al Politburó de mi sustitución al frente del Ministerio. Y por encima mío sólo veo a una persona. Seguro que la confección de esos

informes le han sido pedidos a mi querido amigo el Mariscal al mando del KGB. Pero, bueno, él sólo es la mano ejecutora. Dentro de un mes o dos, o de unas semanas, los presentará al Politburó y les dirá que tras un largo seguimiento, y lamentándolo mucho, se ve forzado a pedir mi alejamiento de todo cargo de responsabilidad.

El ministro se encaminó con pasos pesados hacia su despacho.

—Camarada ministro, -dijo a sus espaldas el subsecretario- ¿debo realizar ulteriores investigaciones?, hay un par de líneas de investigación que pueden ser continuadas.

—No, no es necesario –respondió sin volverse y con voz de hombre derrotado-, reintégrese a sus ocupaciones. Éste es un caso cerrado. Si guarda documentación sobre esta investigación que le he encargado, destrúyala de inmediato. No deje ningún rastro.



EL MINISTRO SE ENCONTRABA SOLO. SE HALLABA SOLO Y MELANCÓLICO. Eran las cuatro de la tarde. Hacía -8° de temperatura. El chófer le esperaba a cien metros de distancia. Pero el ministro, enfundado en un grueso y pesado abrigo, con la cabeza baja, no separaba la vista de la lápida de su padre. El ministro cada día se tornaba más taciturno. Su padre estaba enterrado junto a las murallas del Kremlin, dentro de los muros de la Plaza Roja, como correspondía a los difuntos primeros ministros.

Allí, en aquel rincón alejado de la mirada de los viandantes, el Ministro musitaba de vez en cuando alguna palabra. ¿Qué le decía? ¿Qué secretos le confiaba? No había duda de que el duro y pragmático Ministro de Información le hablaba con el corazón en la mano. Pero el chófer no le escuchaba. Era mejor, porque, como con razón sospechaba Iván, él regularmente informaba al KGB.

Diez minutos después, el chófer cerraba la puerta del coche del Ministro, y ponía rumbo a su casa. Iván Hamletovitch descansaría allí de un día de trabajo, otro día de trabajo. Aunque es difícil hacerse a la idea de que mañana tendrás que volver al trabajo, y pasado mañana también, para que, dentro de unas semanas o un mes, te internen en un psiquiátrico de por vida. Trabajar, afanarse, realizar con esmero la labor para acabar al final en un psiquiátrico. Allí dentro la medicación hará el resto.

Acabaré mis días creyendo que soy Federico el Grande, pensaba Iván, o quizá, quién sabe, acabaré mis días creyendo que soy un caracol. Sí, de ser Ministro de Información acabaré mis días como caracol en un bello prado. Si he de escoger un prado mental para vivir mi demencia elegiría uno soleado. Tal vez unas tierras ribereñas del Mediterráneo.

Aunque lo más probable no es que me induzcan un estado psicótico por vía química. Este tipo de pacientes hablan mucho. Lo más probable es que me induzcan alguna patología que me deje con la mirada perdida y el pensamiento en blanco.

La medicación me irá sumergiendo en la demencia con la precisión de los gramos de amisulfitrometanol y metafenilos que me vayan suministrando. Conozco muy bien esos compuestos. Han pasado muchas por mis manos en los informes. Efectivamente, si he de ser realista, ni el consuelo de una locura feliz me espera. Hasta ahora nuestra farmacopea de la locura no ha logrado producir felices paranoias, sino rostros embobados y babeantes. Rostros inexpresivos en cuerpos vestidos con pijamas hospitalarios. Cuerpos en otro tiempo de flamantes catedráticos y científicos. Flamantes pensadores devueltos de retorno a la indefensión de la primera infancia. Por la defensa del sistema, devueltos a una infancia de llantos y necesidades hechas encima.

Nadie va en busca de salud cerebral a los sanatorios mentales de nuestro Ministerio de Sanidad. No son muy eficaces a la hora de curar, pero son infalibles a la hora de introducir la inhabilitación neuronal en una

mente sana. La química es infalible. La amitrobenzoina no falla nunca. No es ése el final que nunca pensé para mí.

Papá –dijo mentalmente a la tumba-, nunca pensamos, ni Lenin lo pensó, que las conjuras y las intrigas de la lejana y soleada Roma imperial de los césares pulularían en los órganos de este sistema científico de organización de la sociedad. Agripina y Livia deambulando en las profundidades de la cabeza de la dictadura del proletariado.

Qué ironía. Engels y Trosky se quedarían atónitos en sus tumbas si hubieran visto como funcionaba su brillante utopía por debajo del decorado. Al menos tú, papá, yaces junto a las murallas del Kremlin. Yo tendré mi sepulcro en algún cementerio cercano a algún sanatorio de quién sabe donde. Claro que si al final me ocurre algún accidente en Inglaterra, entonces me devolverán con todos los honores. Probablemente, lo de los informes psiquiátricos es un plan alternativo por si falla el primero. Vuelve a empezar a nevar débilmente. Tengo mucho frío, papá. Perdona que me vaya. Será mejor que me encamine ya a casa. Papá, vendré. Vendré pronto.

El coche oscuro raudo en medio de la nieve que comenzaba a cubrir los carriles de la avenida. La avenida Pudovkin, la fría avenida flanqueada de edificios oficiales a cuyos pies se movían hombres cubiertos con bufandas y gorros de piel cada uno hacia su destino, cada uno de regreso a su casa, cada uno tenía un hogar al que retornar cada noche.

## Capítulo VII

VEINTITRÉS DÍAS DESPUÉS, IVÁN HAMLETOVITCH, SU MADRE Y SU esposo Leonidas, el Primer Ministro, juntos, estaban finalizando su almuerzo en su palacio del Kremlin. El ambiente seguía tan gélido como siempre, ya nadie se molestaba en disimularlo, eso sí, todo dentro de las normas de la cortesía. Los tres comían los profiteroles con una cierta cara de aburrimiento. Las visitas de Iván a su madre y padrastro cada vez se espaciaban más. Cada vez más, su padrastro ejercía en las comidas más de Primer Ministro que de padre. Cada vez más, su madre callaba.

—Pues sí, los sótanos del Ministerio de Información son muy extensos —Iván se encontraba en medio de una explicación a una de las preguntas sin mucho interés de su padrastro—, creo que contamos con unos 20 o 30 km de pasillos. Todos forrados de armarios con tomos. En lo que es propiamente el edificio del Ministerio están las oficinas, los archivos están en los sótanos. Los sótanos están divididos en tres niveles de profundidad. El primer sótano corresponde a lo que llamamos Verdades-Nocivas-Personales, es decir aquellas verdades que ha habido que modificarlas para que un general o un ministro o alguien importante no se viera involucrado en algún asunto turbio. Después en el sótano II, están las Verdades-Nocivas-Colectivas. Son aquellas verdades de más peso, por ejemplo cuando se realizaron los experimentos bacteriológicos con ántrax en cinco pueblos de la estepa de Ishim. Y en el sótano III, están las Modificaciones Estratégicas. Es decir aquellas modificaciones de verdades que podrían afectar al sistema entero.

—Qué interesante —dijo sin mucho entusiasmo el padrastro—. ¿Supongo mal si digo que los archivos del sótano I son más extensos que los del II, y estos a su vez más extensos que los del sótano III?

—Pues no, justamente es al contrario. Las modificaciones estratégicas suelen ser cuestiones de Estado que por lo tanto tienen más ramificaciones. Las modificaciones estratégicas son las que más trabajo nos dan. De hecho, nuestra política es no ocuparnos de las Verdades-Nocivas-Personales salvo que sea verdaderamente necesario. En general, sea cual sea el asunto, nuestra política es intervenir lo menos posible. Cuantos menos sean los casos que llevemos entre manos más concienzudamente podemos dedicarnos a ellos.

—Cuanto me alegro de dedicarme a obras públicas y planes de industrialización, dejándoos a vosotros estos asuntos tan minuciosos.

—Minucioso, ésa es la palabra. Me recuerda a la costura. ¿No se escapa nunca ningún hilo? —preguntó la madre.

Su hijo se encogió de hombros. Después añadió:

—Como dicen mis funcionarios, la verdad es un hormiguero. Te parece que ya no queda correteando ninguna porción más de verdad, y aparece otra hormiguita. Pequeña, pero que está allí. Nuestra actuación es como la de un cirujano que tiene que ir extrayendo perdigón a perdigón.

—Un día que tenga tiempo —dijo el padrastro—, me pasaré por el Ministerio para que me lo enseñes personalmente.

Llevaba repitiendo eso desde hacía año y medio. Pero el ministro contestó con fingida amabilidad:

—Será un placer.

En realidad, pensaba Iván: Me encantará enseñártelo, ¿pero me vendrás a visitar al Ministerio, antes o después de ingresarme en un centro psiquiátrico? Sin embargo a sus cuarenta y ocho años estaba suficientemente curtido como para que ningún sentimiento aflorara hasta los rasgos de su cara o llegara hasta su voz. Estaba lo suficientemente curtido como para añadir con la mejor de sus sonrisas:

—Y has de saber que en el Ministerio toda la información la tenemos en archivos escritos y no en un ordenador.

—¿En serio?

—Sí, ponerlo en un ordenador es siempre un riesgo, supone que algún funcionario algún día puede disponer de toda la información. Tenerlo por escrito ciertamente hace que todo sea mucho más lento, pero si alguien quiere leer algo tiene que ir personalmente allí, al archivo y firmar el informe de visitas del sector.

—Pero es más lento el proceso de búsqueda —añadió su madre.

—Sí, pero lo que perdemos en velocidad lo ganamos en seguridad interna. La persona que busca algo, tiene físicamente que desplazarse hasta la información.

—Vaya, vaya —el padrastro movía circularmente la cucharilla en su taza. De un sorbo acabó su café, eso significaba siempre que el almuerzo estaba a punto de finalizar. Su madre les miraba con felicidad, era la usual mujer de jerarca funcionario que gusta de pasar desapercibida. Se sentía orgullosa de su hijo y de su marido.

Afortunadamente, el almuerzo estaba a punto de acabar, porque la conversación había vuelto a caer en uno de esos incómodos silencios. Su padrastro ponía cara de que iba a dar por concluida la comida de un momento a otro. Ahora su padrastro se levantaría y le ofrecería la posibilidad de descansar un poco en la habitación de al lado. Su padrastro siempre había practicado la siesta. Iván no, pero por cortesía a veces aceptaba el ofrecimiento.

—¿A quién le apetece una siesta? —exclamó sonriente el padrastro levantándose de la mesa. Siempre decía las mismas palabras al acabar, siempre las mismas exactas palabras con la misma cara.



Iván aceptó. Se tendió encima de la cama sin desvestirse. No mucho después en la habitación de al lado roncaba como un bendito Leonidas. Su madre, como todas las tardes, se había ido a visitar a su amiga, la esposa del Ministro de Industria, las dos eran de la región de Riazán. Iván, tumbado, meditaba:

—Es curioso, en la habitación de al lado tengo roncando al que me va a internar en un centro psiquiátrico hasta que me muera. Un asesino sin escrúpulos ronca al lado. El asesino de mi padre.

Mi final es inminente y yo aquí, tratando de conciliar el sueño para una siesta. Desde hace semanas me viene a la mente la figura de Bruto. ¿Pero qué arreglo Bruto con su magnicidio? Desde luego aquí nada cambiaría. Eliminada esta pieza de la maquinaria, sin más sería sustituida por otra.

Pero yo me niego a acabar mis días en una institución babeando o mirando fijamente a la pared. Así, desde luego, no acabaré. Y si estoy en el final de la historia de mi vida, ¿por qué no acabar llevándome por delante conmigo al asesino de mi padre? Me condenarán, probablemente me fusilarán, pero será un final rápido. Por cierto, me gustaría saber qué historia cuentan a la población sobre nuestras dos muertes.

Qué cosas, la única información que escapará a mis manos, las manos del Ministro de Información, será la deformación de la noticia de mi propia muerte. Supongo que buscarán una historia digna. Para el Primer Ministro seguro.

Me encuentro como Bruto, pero sin ninguna república que salvar. Y, aunque la hubiera, no la salvaría. Tantos años como funcionario me han hecho caer en un pragmatismo radical. Estoy inmerso en lo más repugnante del pragmatismo. Un pragmatismo que repugnaría a cualquier paladar ajeno a la burocracia de nuestro ministerio.

Orlov me ha confiado que cree que, por razones de agenda, mi asunto no podrá ser presentado al Politburó antes del 1 de abril por parte del

Primer Ministro. Pero antes Inglaterra puede solucionarlo todo. Me quedan cuatro días para la partida. ¿Será un accidente de coche? La trombosis cerebral también se ha usado mucho. En cualquier caso el cerco se está estrechando, y los signos de mi caída se hacen cada vez más evidentes para mi único amigo de la infancia que está en la cúpula del KGB. Sus discretas indicaciones son inequívocas. El cerco se estrecha y no me deja respirar. Ha llegado la hora de vengar a mi padre. Si voy a morir, ¿qué más me da todo? Mi única capacidad de decisión estriba en elegir la muerte rápida ante un pelotón de fusilamiento o la lenta marchitándome en un centro psiquiátrico.

Iván se levantó de la cama, en la sala contigua se encontraba el comedor desierto. Los cubiertos, el mantel y los platos ya estaban dispuestos sobre la mesa para la cena. Iván cogió con fuerza un cuchillo afilado y puntiagudo. No había nadie. No se oía el más leve ruido. La puerta de la habitación de su padrastro estaba frente a él. La miró fijamente.

La puerta se abrió lentamente, sin hacer el menor ruido. Como tantas veces había comprobado, las bisagras estaban perfectamente engrasadas y la puerta se abría en silencio. Allí estaba su padrastro, durmiendo ajeno a toda preocupación. Iván lo miró. Lo primero que pensó era lo gordo que estaba. Los ejércitos, las legiones de funcionarios se movían con que ese gordo setentón cogiera el teléfono. De Primer Ministro dormido a cadáver sólo podía mediar un minuto. Iván cerró tras de sí la puerta, quería meditar sobre aquel momento único e irrepetible. Ya no había vuelta atrás. Si a partir de entonces se despertase, no habría manera de dar una explicación razonable de su presencia allí. En el mismo momento de entrar en la habitación el destino de los dos no tenía retorno.

Iván se aproximó a su padrastro, ya estaba justo al lado. Qué bien, qué profundamente dormía. Y pensar que éste era el hombre más protegido

del planeta. Bien, este asesinato no será un asesinato, será una condenación.

La condenación en nombre de una justicia que ya no opera, y en la que por otro lado no creo –se dijo Iván-. Vosotros matasteis a la justicia, por eso mi acto no será injusto. Además, seguro que dentro de un par de siglos habrá algún historiador que se preguntará si no realicé mi magnicidio en pro de la libertad, a favor de algún idealismo que yo ahora desconozco. Mira como ronca.

Iván clavó el cuchillo en el cuello con toda su fuerza, se hundió hasta el mango. Los ojos del Primer Ministro Leonidas se abrieron completamente, como si quisieran salirse de las órbitas. Apenas hubo un par de gemidos por parte de la víctima. Eso sí, hubo que sujetarlo un poco hasta que perdió fuerzas. Las sábanas blancas, intensamente blancas, un lento y muy rojo reguero de sangre corría por ellas. Trágicamente rojo sobre aquella nívea e inmaculada blancura. Iván se limpió las manos en esas mismas sábanas, ni siquiera hizo falta que usara su lavabo para tal menester.

De allí se fue tranquilamente a su casa. Quería aguardar su detención escuchando la *Sinfonía de los Salmos* de Stravinsky. Dudó pensando que quizá *Carmina Burana* resultase más adecuado dado lo trágico del momento. Pero prefería escuchar a un ruso, quizá fuera la última vez que escuchase música. A su lado, junto a un vaso de vodka, había un frasquito de veneno. Hubiera preferido algo clásico como la cicuta. Pero en su ministerio sólo había conseguido tetrodotoxín.

Cuando una hora antes había salido de la residencia oficial del Primer Ministro los guardias me seguían saludando con el mismo entusiasmo que al entrar, ignorantes de lo ocurrido –rememoró el ministro-. El chófer aguardaba a la entrada abriéndome la puerta. A mi derecha y a mi izquierda taconazos, gorras militares, largos abrigos militares con botones dorados. Todos se cuadran, todos rígidos con la mirada al frente.

Todos inconscientes del cadáver que dejaba yo detrás impregnado en su propia sangre.



A VECES LOS HOMBRES QUE ESTAMOS EN ALTOS CARGOS NOS HACEMOS la ilusión de que lo podemos prever todo. Pero el curso de acontecimientos a veces se derrama como agua por un cauce que no habíamos previsto. Lo que sucedió en las horas siguientes al magnicidio fue justamente lo que no había previsto. Lo que nadie, ni el más avezado especialista, ni el más perspicaz kremlinólogo hubiera aventurado conjeturar. Y todo se debió a una casualidad: el Mariscal al mando de la KGB, el viejo zorro Yukevitch, se encontraba pescando en la región de Valdai. El Mariscal tiene que estar localizable telefónicamente siempre. Pero justamente por dos días, cansado de las continuas llamadas, desconectó su teléfono y dejó todo en manos de un subordinado.

Mi madre llegó a casa a las 18:00, entró en su habitación y vio a su marido muerto. Lo tocó, lo manoseó, y después fue gritando histérica por toda la casa. El servicio llamó a los guardias al cargo de la vigilancia de la residencia. El jefe al cargo de la seguridad de la casa, estaba al lado de la cama treinta segundos después. Un sudor frío recorrió todo el rostro del jefe de seguridad de la casa, creyó que el corazón se le iba a salir del pecho. ¿Cuál sería el castigo que se le aplicaría?, él era el responsable de la seguridad de aquella persona. Al momento llamó directamente al Ministro del Interior. El Ministro del Interior le ordenó que no tocara nada de la habitación y que no avisara a nadie más del suceso.

El Ministro del Interior llamó a su amigo personal el Mariscal Rikov, Ministro de Defensa.

—Aleksei —le saludó el Ministro del Interior-, ¿estás solo?

—No, estoy en mi despacho reunido con siete generales.

—Hazles salir, tengo que hablarte ahora mismo.

El tono de voz dejaba claro que se trataba de algo tan importante como para hacer esa indicación sin titubeos.

—Caballeros —les dijo el Ministro de Defensa-, les ruego que salgan un momento del despacho.

Los siete generales saludaron militarmente y esperaron afuera.

—Habla, ya estoy solo.

—Aleksei, no te lo vas a creer, pero el Primer Ministro ha muerto.

—¿¡Cómo!?! ¿Leonidas?

—Y ha muerto asesinado.

El Ministro de Defensa se quedó atónito y no dijo nada.

—¿Sabías algo? —preguntó el Ministro del Interior-, ¿Tienes algún conocimiento de algún movimiento? —por *movimiento* entendía *conjura* en el seno del Politburó.

—No, no. Tú y yo conocíamos que a la mitad del Politburó les desagradaba su persona. Pero nadie me ha informado que se estuviera fraguando algo raro dentro de los muros del Kremlin.

—Pues me temo que esto nos ha cogido por sorpresa. Sea quien sea que lo ha hecho, la facción que lo ha organizado no ha contado con nosotros.

—Puestos a pensar, se me ocurren varios nombres del Politburó y del Partido que han podido aunar voluntades y tomar la decisión de eliminarlo.

—¿Aunar voluntades en qué dirección?

—Yo que sé. Mejor fijémonos en los nombres de los que pueden estar en el ajo y descubriremos en qué dirección pueden desencadenarse los acontecimientos hoy y mañana.

—Kizim, Goluev, Kosigan...

—Kosigan no, seguro que no. Pero mete a Gueorguiy Cheliavinsk.

—Claro. ¿Cómo no había caído en la cuenta?

—Recuerda que te lo dije. Te lo dije. No me gusta. Es muy ambicioso.

—Mira voy a llamar ahora mismo a Yukevitch, si alguien sabe algo de una conjura es el subsecretario 2º del Servicio Secreto. Te llamaré en cuanto me entere de algo. Tú por tu parte, infórmame si sabes algo. Mientras no se haga público, si me llamas desde otro teléfono, refiérete a todo esto como el *asunto del paquete*.

—Si me entero de algo respecto al paquete, te llamaré al segundo.

—Hasta luego.

—Adiós.

El Ministro del Interior habló con el KGB y le dijeron que Yukevitch estaba pescando en algún río de las montañas de la región de Valdai, pero que desde por la mañana estaba ilocalizable.

—Gracias, gracias –dijo colgando el Ministro del Interior. Nada más colgar volvió a llamar al Ministro de Defensa.

—Aleksei, mis sospechas estaban en lo cierto: ha habido una conjura y el KGB ha estado implicado en ella.

—¿En serio?

—Sí, he llamado al Cuartel General, y he hablado con tres coroneles, y me han dicho que Yukevitch está ilocalizable pescando.

—¡Ja! Desde luego no se han roto la cabeza en buscar una excusa.

—Lo que me molesta es que no hayan contado con nosotros para esto. No ha habido ni el más mínimo acercamiento. El KGB cada vez se siente más poderoso.

—Bueno, pues mi consejo es que dispongáis la capilla ardiente del Primer Ministro e informes a los medios de que el Primer Ministro Leonidas Konstantin Hamletovitch ha fallecido de un ataque al corazón.

—¿Otro? Menuda racha en dos meses.

—Trombosis. Di que ha muerto de una trombosis cerebral.

—De acuerdo. Ha muerto de un infarto cerebral.

—Y dentro de un par de días reunimos al Politburó y discutimos lo que haya que discutir.

—Sí, otra cosa no se puede hacer. Le diré al director de la televisión que dé la información a las 21:00; hasta esa hora no se hará público. Eso nos da más tiempo para tomar medidas entre nosotros si es el caso. En fin... hasta mañana.

—Hasta mañana.



Desde ese momento hasta las nueve de la noche, todos los grandes jefes del Partido se fueron enterando extraoficialmente, llamada telefónica tras llamada, de que había habido una conjura por parte de una facción del Politburó apoyada por el KGB, que había eliminado al Primer Ministro.

Dos días después, cuando apareció por Moscú, el Mariscal al mando del KGB fue informado de que varios miembros del Politburó se habían coaligado en su ausencia para eliminar al Primer Ministro. El Mariscal no

pensó que ese suceso había sido una coincidencia, sino que habían esperado a que él estuviera fuera de Moscú para realizar la operación. No dijo nada.

En el KGB, la cúpula, llegó a la convicción de que aquella operación había sido tan secreta que Yukevitch no la había comunicado a ninguno de sus subalternos. El Politburó estaba convencido de que esto había sido organizado desde dentro del KGB. Y la cúpula del KGB estaba convencido de que había sido el Estado Mayor con ayuda de Yukevitch. Pero nadie dijo nada. Todos se limitaron a rodear de coronas de flores al difunto y a besar las dos mejillas de la desconsolada viuda.

Dos días después, en la reunión del Politburó, el clima estaba enrarecido a más no poder. Todos desconfiaban de todos. ¿Quiénes eran los responsables del magnicidio? Cualquiera podía serlo, todos lo iban a negar. Como era de esperar nadie sacó el espinoso tema sobre la mesa. Además, cada uno de los presentes tenía la enojosa sensación de haber sido uno de los pocos en ser mantenido al margen del complot. Así que durante las cuatro horas de reunión se pusieron a discutir la sucesión en la jefatura sin mentar el tema de las responsabilidades. Había muerto de una trombosis y punto final. Eso sí, un mes después Yukevitch era apartado del cargo y moría en extrañas circunstancias.

Por supuesto nadie recibió la orden de hacer una autopsia del Primer Ministro fallecido, la causa de la muerte vino dada desde el despacho del Ministro del Interior y firmada por varios médicos que nunca llegaron a ver el cadáver. Nadie recibió la orden de buscar el arma homicida. Nadie investigó nada. Lo que realmente le había importado al Ministro del Interior era no aparecer como contrario a las fuerzas conjuradas dado que parecía que éstas iban a imponer un nuevo Primer Ministro en la próxima reunión del Politburó. La mano concreta que hubiera perpetrado el magnicidio era lo de menos. Un agente de seguridad, un sirviente del Kremlin... no tenía importancia, un peón del tablero.



Eso sí, era evidente que había sido una mano del KGB. Ningún otro hubiera podido tener acceso directo al Primer Ministro sin pertenecer al servicio secreto o sin la connivencia de éste. Y el camarada general Ministro del Interior no estaba ahora por la labor de emprender una guerra contra el todopoderoso mariscal que dirigía el KGB con mano de hierro. Hasta la misma viuda estaba plenamente convencida de que su marido había muerto víctima de una conjura del Partido, y lloró en silencio.



YO DESPUÉS DEL ASESINATO ESTABA EN MI CASA ESCUCHANDO A Stranvinsky, después a Prokofiev y finalmente, ya totalmente aburrido, a Shostakovitch, cuando me di cuenta de que ya nadie iba a venir a por mí ese día. Quizá mañana. Me fui a dormir, dejando a mano el frasquito con el veneno.

Pero, al día siguiente, tampoco nadie vino a detenerme. El frasquito fue guardado ya en un lugar más discreto. Es curioso, nadie me llamó el día de la muerte. Todos daban por supuesto que siendo su hijo habría sido el primero en enterarme. Mi madre se sumió tan desconsoladamente en el dolor que no llamó a nadie. De hecho, hubo que inyectarle un tranquilizante y durmió hasta el día siguiente. Lo gracioso es que yo fui una de las pocas personas en toda la URSS que no se enteró de la muerte del Primer Ministro a las nueve de la noche. A esa hora, estaba yo escuchando a Shostakovitch acabándome el final de la botella de vodka. No encendí la televisión y así me fui a la cama sin saber que mi padrastro había muerto de trombosis. Algo completamente plausible dada la alimentación que seguía. Si no lo hubiera matado yo, lo habría hecho el colesterol en uno o dos años.

Cuando mis colegas ministros me fueron llamando uno tras otro, al día siguiente del asesinato. Ninguno pensó que estaba dando la primicia de

la conjura. Al primero que me llamó le escuché en silencio, un silencio sólo interrumpido para decir *adiós*. El otro entendió como lo más natural del mundo mi mutismo. Pero conforme siguieron llamando otros, me fui animando a preguntarles que quienes creían que podían haber formado semejante complot. Al final del día empecé a comprender que quizá nadie viniese a detenerme.

Cuando me llamó mi madre, ya por la tarde, hablamos y lloramos. Le acompañé a la capilla ardiente. Primera vez que ella lo volvía a ver tras descubrirlo muerto. Mi golpe rotundo había sido en la mitad de un lateral del cuello. Yo no dejaba de mirar hipnotizado la blancura impecable del cuello de su camisa. Después nos sentamos a un lado del féretro, junto a sus tres almohadones aterciopelados que sostenían sus incontables condecoraciones. Y allí me quedé dos horas con mi madre recibiendo el pésame de todos mis colegas y altos funcionarios, miembros del PCUS.

Por delante de nosotros pasó todo el que era alguien en el mundo de los soviets. Besos y más besos de aquellos hombres gordos y oscuros que me estrechaban con pena la mano, formando un bocadillo con sus manos. Nunca un asesino ha recibido tantas condolencias de gente tan importante. La fila parecía no acabar nunca más y más peces gordos de los Ministerios, del Comité Central, del Soviet Supremo. Todos venían con su banda roja (entre dos negras) cosida en la manga derecha de la americana. Nadie hablaba en la sala. Los soldados en uniforme de gala hacían guardia ante el Jefe de Estado. Todo estaba lleno de banderas rojas. Flores y banderas, flores, banderas y soldados firmes mirando al frente. El teatro de la vida funcionaba a la perfección, la escenografía era impecable, los personajes estaban muy en su papel.

Yo seguía recibiendo los besos de todos aquellos que me hubieran enviado sin dudarlo al centro de internamiento si no me llegó a adelantar yo con mi acción homicida. Recibí los besos del Primer Ministro de Polonia, Checoslovaquia, las dos Alemanias... bah, para qué seguir. Todos los satélites enviaron a sus delegaciones para besarme. Su pena era tan

grande que hasta me la contagiaron, pues yo mismo lloré bastante. Pero ni una lágrima fue de arrepentimiento.

Incluso apareció por allí el embajador de los Estados Unidos de América. Brevemente, se limitó a decir: *La muerte del Primer Ministro nos ha dejado consternados*. Yo mientras le estrechaba la mano le respondí: *La muerte de este ser humano es...* Pero no supe cómo acabar la frase. Podría haber mentido. Pero no quería decir algo falso. Después de un titubeo concluí: *La muerte de este camarada no la olvidaré jamás*. Seguro que no captó el sentido en que pronuncié esa frase.

Cuatro horas después, mi madre y yo salimos de ese salón. Pero antes nos plantamos ante el féretro y, en silencio, lo contemplamos un minuto. Mi madre se sostenía en mi brazo derecho. Yo sentía sobre mi rostro las miradas de todos los circunstantes. En un interrogatorio, se te clavan las miradas de tres o cuatro interrogadores. Aquí sentía los ojos de todos los que nos rodeaban. Para mi madre, todo era más sencillo. Ella no hacía más que llorar en silencio. Pero yo, durante ese minuto, no hacía otra cosa más que mirar al cuello donde le había clavado el cuchillo.

Habían maquillado al difunto. El maquillaje hace milagros. Mi abuela tenía mucho mejor aspecto muerta que viva. Al primer ministro, le pasaba lo mismo. Tenía mejor cara ahora. Eso me molestaba. Si de mí hubiera dependido, hubiera maquillado al usurpador del puesto de mi padre con un martillo. Pero había que guardar la compostura y eso que las lágrimas de mi madre ya me estaban empezando a fastidiar. No sólo no se merecía ni una de ellas, sino que me daban ganas de adelantarme y tirar el féretro al suelo, y arrojar encima de él todas esas coronas y medallas. Pero allí seguía yo, guardando la compostura. Si ellos hubieran podido atisbar mis pensamientos.

Pero precisamente porque yo estaba tan embebido en la tarea de contener esta rabia, mi gesto era muy intenso. Y todos lo interpretaron como el esfuerzo por controlar un dolor tan profundo. Todos los periódicos

que describieron esta escena hicieron mención del profundo amor que yo le tenía a juzgar por el dolor sobrio que manifestaba mi rostro.

Yo creía que me marchaba con cara inexpresiva del gran salón Cherlienko del Kremlin. Pero quizá me equivocaba, quizá exteriormente me habían pegado su pena todos los dadores de pésame. Me iba con cara de pésame y funeral. ¡Pero qué ganas tenía de aquel luto! ¡Qué luto tan deseado!

## Capítulo VIII

IVÁN HAMLETOVITCH TRABAJABA TRANQUILAMENTE EN LA MESA DE SU despacho en el ministerio. Un despacho gris, sin gracia. Los cristales de la ventana estaban empañados y no se veía si fuera había dejado de nevar o no. Se levantó y limpió con un trapo seco el vidrio. Sin prisas, sin entusiasmo, regresó a su asiento cuyo cuero ya estaba algo desgastado.

Han pasado nueve meses del fallecimiento de mi padrastro. En ese tiempo hemos tenido otro Primer Ministro, Alexander Iosif Kosiguin, que murió siete meses después. (Éste sí, de muerte natural). Nadie entre el pueblo ha aceptado que falleció porque le llegó su hora, pero tenía 83 años y, como después hemos sabido, desde hacía siete meses sus informes médicos eran más los de un muerto ambulante que los de un jefe de estado que llega con todo su entusiasmo a su nuevo despacho. Ni me explico como duró esos siete meses. Su sucesor cuenta con sesenta y cinco años. Indudablemente en el Comité Central nadie está en la flor de la vida. Un líder de sesenta y cinco años, como el de ahora, nos va a parecer a todos casi como un chaval con acné en la cara.

Yo sigo con mi mismo cargo, aquí en mi despacho. Aquí los cargos de ministros son vitalicios. Probablemente he alcanzado la cota máxima que puedo escalar. No aspiro a más. Seré un buen funcionario al servicio del sistema. Los papeles se acumulan en mi mesa a un ritmo que ni me abruma ni me dejan ocioso. Delego todo lo que quiero, me reservo lo que quiero.

En ese momento, sonó el interfono de la mesa.

—Camarada ministro -dijo Natasha por el aparato-, se encuentra aquí Nikolai Dogin.

—Ah, sí, hágalo pasar.

El joven entró en el despacho con aire resuelto y fijó firmemente su mirada en el ministro. Su mirada no era afectiva, sino más bien oscura y llena de malos presagios.

—Hola, Nikolai, ¿qué tal te encuentras de tu viaje? ¿Estás cansado?

—No, tío, gracias.

Aquel muchacho de veinticinco años era una de las sorpresas que me había deparado el recoger ciertos papeles del despacho de mi padrastro, tras las exequias. Y es que resulta que nadie sabía que mi viejo padrastro tenía un hijo natural, un fruto a deshora de sus amores cuando era jefe del PCUS y visitaba las provincias. El chico había mantenido cierto contacto con su padre. Incluso le venía a ver a Moscú por lo menos una vez al año. Ese chico vivía en Minsk.

Yo le había ofrecido un buen puesto aquí en los Ministerios. Al fin y al cabo era mi primo. Aunque, dada la diferencia de edad, le trato como a un sobrino. Me ha sorprendido lo mucho que estimaba este sobrino mío a su padre. Qué cosas digo, ¡era su padre! Es lógico que lo quisiera. Además, lo admiraba. Pobre chico, le colocaré bien.

—¿Le gustó mi regalo a tu madre? —preguntó el ministro Hamletovitch.

—Sí —y asintió con la cabeza sin entusiasmo.

El muchacho, ya desde entonces, me miraba de un modo reservado. Y más que reservado, era como desconfiado. La sensación que yo tenía era como si se preguntara si yo había sido el asesino de su padre. Pero él no podía saber nada. Si eso era verdad, sólo la locura de una madre de provincias desesperada le había podido infundir esas ideas. Una madre que quizá llevaba años inculcándole que su destino estaba resuelto, pero que su gran adversario sería con el tiempo el hijastro de su padre.

La antigua amante, mujer astuta, sabía que un hijo natural no solía ser bien recibido en la familia por los *hijos oficiales*. Y peor si estos hijos

con todos los honores habían llegado a una posición respetable. Iván pensó que aquella mujer dotada con experiencia de la vida no hablaba a tontas y a locas.

Hay quienes creen en la intuición de algunas esposas y amantes. Yo no. Pero si era verdad que la madre le había metido esas ideas, este chico me miraría a los ojos para saber si yo había acabado con su padre. Desde luego, aunque parezca una locura, y sé que es una locura, ésa es la impresión que yo saqué durante el silencio tenso duró un instante mientras nuestras miradas se cruzaban.

Después, la conversación había discurrido por los cauces habituales de la afabilidad entre parientes. Pero la idea inicial no se me iba de la cabeza: ¿sería verdad que durante ese momento de silencio él y yo nos habíamos leído el pensamiento mirándonos a los ojos? No, no podía ser. Tonterías. Miedos del subconsciente. Era lógico que emergieran. Yo había matado a su padre. Tenía a su hijo delante de mí al otro lado de la mesa de ese despacho. Una acción asesina, por muy justa que sea, siempre acaba haciendo ver fantasmas. La mente juega malas pasadas.

Claro que por muy irreal que fuera esa impresión, ésa y no otra había sido la impresión que me había golpeado repentinamente. Un instante inacabable en el que leí en los ojos del joven la duda de si el hombre que tenía ante sí era el asesino de su padre.

Dudosos fantasmas de la mente. Y después la desazón de la incertidumbre de no poder saber la verdad. Sabía, estaba totalmente seguro, de que todo eso eran espejismos del subconsciente. Pero por un momento, pensé en la ironía de la situación. Yo había sido tiempo atrás el investigador. Ahora el investigador se había convertido en autor del hecho investigado. El investigador era investigado. El ciclo se concluía, la vida continuaba.

Iván Hamletovitch se quedó mirando por la ventana un instante, sumido en sus pensamientos. Desde allí se veían las torres de las cuatro iglesias del Kremlin y los techos de sus cuatro palacios. El ministro se

volvió fugazmente hacia los papeles de su mesa, sólo un segundo, después se levantó de su amplio asiento y dijo:

—Venga, te voy a mostrar tu oficina y te voy a presentar a tu jefe.



QUINCE DÍAS DESPUÉS, IVÁN ESTABA EN UNA CABAÑA DE MADERA A treinta kilómetros de Moscú quitándose la ropa de pescar y vistiéndose con ropas formales. Llamaron al timbre. El ministro, abrochándose los botones de la camisa, se dirigió a la puerta y abrió el mismo la puerta.

—¡Querido Yevgeniy, cuanto me alegro de verte! —dijo alzando los brazos y dando un gran abrazo a su antiguo amigo de la escuela elemental. Pasa, pasa. Me estoy acabando de vestir. Esta tarde voy al Bolshoi. Me encuentro con mi madre allí; después cenaremos.

—A mí el ballet siempre me ha parecido un rollo, pero a ti siempre te ha gustado.

—Sí, otros van únicamente para encontrarse de un modo informal con miembros del Comité Central. Pero a mí me gusta.

Yevgeniy iba vestido de manera informal con una americana de pana, sin corbata, pero era desde hacía medio año director general del KGB. Uno de los nuevos nombramientos del nuevo Primer Ministro.

—¿Qué llevas allí? —le preguntó Iván sacando agarrando con una mano una botella de kvas, una bebida alcohólica de frutas, y con la otra dos vasos pequeños.

Yevgeniy sonrió y dejó el paquete sobre la mesa con un contundente golpe. Su sonrisa era enigmática. No dijo nada. Iván se sentó y volvió a mirar el rostro de su amigo de infancia. Éste siguió en silencio, pero con la mirada le indicó que lo abriera. El ministro, intrigado, dejó la botella y los vasos y sopesó el paquete de papel de estraza atado sólidamente con una



cuerda. El nudo fue fácil de deshacer. Después desenvolvió con calma el papel. Mientras tanto, el mismo Yevgeniy se sirvió a sí mismo y a su anfitrión una copa.

Iván examinó el contenido: cuarenta páginas escritas a ordenador con un par de docenas de notas manuscritas en los márgenes, correcciones, tachaduras y flechas que llevaban a alguna anotación a pie de página. Examinó, de nuevo, la primera página que tenía como título *Historias Hamletianas*.

—¿Qué me traes aquí, Yevgeniy? —preguntó en voz baja y con mucha lentitud.

Yevgeniy le ofreció el otro vaso que había servido de licor.

—Verás, llevaba ya más de cinco meses al mando del servicio secreto, cuando me vino a ver el tercero al mando y me comentó que había una operación llamada Yorik. Se trataba de una operación del más alto nivel, porque la había llevado directamente el mariscal Yukevitch. Sabían que había existido tal operación porque habían encontrado en la caja fuerte personal este paquete con esa anotación sobre el papel: *Operación Yorik*. Además de estas hojas, había una cuartilla con la palabra *Inglaterra* y bajo ella, con letra más pequeña, una lista de cuatro nombres. Cuatro nombres que resultaron ser agentes nuestros. A Yukevitch ya resulta imposible preguntarle nada.

Iván levantó la vista de las hojas y exclamó:

—¿Pero qué es esto? Si esto parece una novela.

—Exacto.

—¿Pero qué sentido tiene una novela en la caja fuerte personal del jefe de la KGB?

—No teníamos ni idea. Nadie tenía idea. Yukevitch lo había llevado todo directamente bajo su dirección. Y no había dejado ninguna explicación escrita, ni la más mínima. No sabíamos qué agentes habían

estado involucrados. Sólo teníamos el contenido de ese paquete y nada más. ¡Nada más! Pasamos una circular por todo el edificio para que si algún agente sabía algo, había oído hablar algo, lo comunicase. Nadie sabía nada.

Iván que seguía hojeando aquí y allá las páginas.

—Y no era algo del pasado —continuó el jefe de la KGB, porque bajo la palabra *Inglaterra*, había una línea que rezaba concisamente así:

*Operación Yorik, 12 de febrero, congreso.*

Sabíamos que era algo de este año, porque en Inglaterra sólo había un congreso en esa fecha. Los cuatro agentes, desde luego no sabían nada. Los interrogamos a fondo, pero nada. Parece claro que a alguno de ellos se le iba a encargar de algo, pero que todavía no lo habían hecho.

—Esa fecha a mí me dice algo —le interrumpió el ministro iluminándosele la cara.

—Espera, espera, que te cuento lo que pasó después. A uno de mis subordinados, se le ocurrió que quizá no guardábamos la obra de alguien, sino la obra que se quería hacer pasar por ser de alguien. Si eso era así, las anotaciones marginales eran una falsificación. Nos pareció que podíamos tantear ese camino. Si se trataba de una operación tan importante como para estar guardadas esas páginas en la caja fuerte personal del Director General, lo lógico es que le encargaran esas anotaciones al mejor calígrafo-imitador con el que contáramos. Preguntamos quién era el mejor. Y resultó ser un señor muy anciano, jubilado, que trabajaba en su casa y al que se le pagaban algunos encargos. No trabajaba a tiempo completo para nosotros.

—¿Y era él?

—Pues no. Pero el segundo más importante, el segundo calígrafo-imitador, cuando le enseñamos las fotos de las anotaciones, reconoció éstas como un trabajo propio.

—¿Y él sabía de qué trataba esa operación?

—Ni la más mínima idea. A él le trajeron papeles escritos con la caligrafía original y le dijeron que imitara la letra. Le insistieron que éste era el encargo más importante que había tenido hasta entonces. Pero no sabía la identidad del autor de la caligrafía original. Nunca le explicaron nada. Él imitó la letra en una serie de anotaciones. Le dijeron donde tenía que ir cada anotación y qué tenía que decir. Cobró por el trabajo, eso fue todo.

—¿Y entonces?

—Pues verás, le pedimos que nos dijera el nombre del que le trajo ese trabajo. Pero no sabía el nombre. Le pedimos que nos describiera cómo era. Y no sólo lo hizo con detalle, sino que, como además dibujaba bien, nos hizo un somero pero exacto borrador de cómo era su cara. Indagamos quienes tenían contacto directo con Yukevitch, fuimos pasando el dibujo de unas manos a otras. Y, al final, quedó identificada la persona.

—Fantástico.

—El hombre en cuestión estaba retirada en su casa, muy enfermo. Deshauciado. Cáncer de pulmón. Nos contó en su salón de estar todo lo que quisimos preguntar.

—¿Qué era esta novela?

—Te querían hacer pasar por loco.

—¿En serio? ¿Son para eso estos papeles?

—Lo que oyes. Se jugó con la similitud de tu apellido con la del personaje de la obra de Shakespeare. Se iba a presentar este conjunto de páginas a los miembros del Politburó como prueba de tu desequilibrio. Se iba a decir que estabas obsesionado, que escribías cosas sin sentido. Las anotaciones de los márgenes si las lees verás que son más delirantes que el contenido de la novela. Los subrayados parecían los de un maniático. Había algunas palabras subrayadas veinte veces.

—Y veo que, en realidad, no era una novela. Esto es un caos. Un montón de papeles escritos sin sentido. Páginas y páginas sin sentido.

—No creas. Detrás de su locura subyace una lógica interna. Hay que reconocer que fabricaron una prueba muy consistente. Los locos no están exentos de cierta lógica. Era una novela que avanzaba a trozos. Una parte en Dinamarca, otra en Francia, en el País de las Maravillas, en Haití. La historia avanzaba.

—Veo que eran más bien las anotaciones las que eran signo de locura. Pero un signo sutil, no zafio.

—Hicieron una buena falsificación de la obra de un maniaco obsesionado. Había que evitar probar demasiado. Si todo hubiera sido demasiado evidente, hubieran sospechado.

—¿Mi nombre aparecía en la primera página?

—No. En ningún lugar aparecía tu nombre. Ese detalle daba más credibilidad a estas hojas. Lo que no sabemos qué es lo de Inglaterra.

Iván rió y bebió otro vaso moviendo la cabeza y restregándose los ojos. Después dijo:

—Allí iba yo a sufrir un accidente. De tráfico... o una enfermedad, yo que sé.

—¿Ibas a ese congreso?

—Iba a tener el honor de ser el representante del Primer Ministro. Un honor mortal.

Yevgeniy movió la leña de la chimenea con el atizador y añadió:

—Molotov se salvó sólo por la muerte de Stalin. A ti, te ha pasado lo mismo.

Iván miró fijamente los troncos ardiendo.

—¿Lo echo al fuego? —preguntó el ministro mirando la chimenea encendida junto a ellos.

—Puedes hacer lo que quieras —le contestó el Director General de la KGB—. Estos papeles nunca han existido. Hemos hecho preguntas en la organización acerca de unas hojas que oficialmente no correspondían a ninguna operación nuestra. Oficialmente, esto no existe. Puedes tirarlo al fuego o guardarlo como recuerdo de los meses en que caminaste sin saberlo al borde del abismo.

Iván lo hojeó por última vez. Esas páginas no le traerían buenos recuerdos. Eran desagradables. Guardarlas sería como guardar en casa tu propia lápida del cementerio. En este caso, el recuerdo de una muerte lenta, tan lenta como la vida, en un sanatorio psiquiátrico. No lo dudó y arrojó las cuarenta páginas de una vez.

Las hojas maquiavélicas se calentaron, humearon, ardieron por los bordes. Era como si se resistiesen, pero iban aumentando su temperatura. Unos diez segundos después, las llamas de los márgenes irrumpieron hasta el centro con fuerza. Ardieron rápidamente. No quedaba nada de la operación Yorik. Absolutamente nada.

El ministro, mirando al fuego, comentó:

—No soy mejor que el espectro de mi padrastro.

—Si el actual Primer Ministro te mandase demostrar que el nieto de Hamlet es el abuelo de Shakespeare, lo harías —añadió Yevgeniy-. Y lo harías con convicción.

—Si hace falta incluso demostraríamos que ese nieto es el espectro de su propio padre —rió el ministro-. Cosas más raras hemos hecho.

—¿Vas a cenar con tu madre?

—Sí.

Iván se levantó para coger su corbata y anudársela. Mientras se abrochaba los gemelos de acero con el símbolo del Partido, le preguntó a Yevgeniy sin mirarle, como quien no quiere la cosa:

—¿Debo preocuparme por el espectro de mi padrastro?

Yevgeniy tardó un poco en responder. Después dijo:

—Por nuestra parte, todo este asunto es agua pasada. No te preocupes por Yorik. No ha existido nunca. Nadie en el Politburó es aficionado ni a cazar fantasmas ni a vengarlos. No reporta ningún beneficio ni para el Partido ni para Rusia ni para nadie.

Yevgeniy, por si acaso, removi6 con el atizador los restos negros de las hojas tiradas al fuego. Restos frágiles que removi6 concienzudamente mezclándolos con los troncos que ardían en el centro y las cenizas de la madera a los lados. Iván se puso la americana y se sento al lado de Yevgeniy. Después de acabar la última copa, le comentó en tono de confianza:

—Como Ministro del Ministerio de Información, me pregunto...

Yevgeniy aguardó. Pero el camarada ministro tardaba. Está viejo, pensó. Después, dijo:

—¿Qué te preguntas?

—Me pregunto si existe una Verdad Suprema que no podemos deformar –hizo una pausa-. Una Verdad indeformable –otra pausa más larga-. Una Verdad con la que valdría casarse de forma indisoluble.

Yevgeniy ya no lo dudó. Su amigo había envejecido. Benévolamente le consoló:

—Iván, Iván, viejo truhán, estuviste a punto de ser enterrado en vida de un modo... siniestro. Comprendo que te hagas este tipo de preguntas. Estás impresionado. Te comprendo, sí.

Iván se sintió defraudado. Yevgeniy, como siempre, se mantenía en los márgenes de las grandes cuestiones. El ministro se limitó a decir para sí mismo:

—Hemos prostituido la verdad demasiadas veces.

Yevgeniy entendía que su amigo estuviera impresionado. Así que se limitó a poner un cojín sobre el banco rústico en el que estaba sentado y a comentar:

—Como Director General de la KGB creo que te puedo preguntar con cierto conocimiento de causa: ¿qué es la verdad?

—Desde luego no es lo que hacemos nosotros.

Yevgeniy bebió otro vaso de licor, puso el brazo sobre los hombros de su antiguo compañero y dijo:

—La Verdad Absoluta es un invento de los popes. De esos hombres siniestros vestidos de negro.

—Perdona, pero yo he hojeado los tomos de los archivos antes de destruirlos por órdenes superiores. No existen ya, pero los he hojeado.

—¿Y...?

—Encerrar a doscientos monjes en una iglesia y prenderle fuego... ése es el modo en que hemos trabajado por la verdad. En un sólo año, matamos de muy distintas maneras a más de tres mil sacerdotes. Ésa es la verdad. Te podría decir muchas otras verdades que son la verdad que cimienta este sistema.

—Vamos, vamos. Ya sabes que de un hecho y de todos los hechos siempre hay muchas versiones.

—Yo he hojeado los tomos de lo que llamamos la *verdad primitiva*. Esos tomos que contienen la verdad de los hechos que ya no constan en ningún otro lugar.

—¿Y qué contenían esos volúmenes de la *verdad madre*?

—Que nosotros somos Caín.

—Lo último que me esperaba es que me salieses con esas mitologías semítico-cristianas.

—Te lo repito, me gustaría encontrar esa Verdad Suprema, Pura, Bella, no mancillada por nosotros ni por nadie.

—¡La verdad! ¿Sabes de qué trataba el cuarto capítulo de esas hojas que has quemado? —le interrumpió Yevgeniy dando un golpe fuerte a un tronco con el atizador.

Iván se sorprendió de esta pregunta y negó con el gesto.

—Edipo.

—¿Y...? —preguntó Iván.

El Director de la KGB sabía una cosa que el ministro desconocía. El verdadero padre de Iván Hamletovitch era Nikita, el Primer Ministro fallecido. Casi había tenido un momento de debilidad, pero no lo diría. Ese secreto quedaría sepultado en un archivo entre decenas de miles de archivos. Casi se le había escapado.

El problema había sido que el padrastro, Leonidas, hombre nacido en el campo georgiano de Kashuri, era terriblemente supersticioso. Y, como en la escena de las brujas de Macbeth, una curandera le había vaticinado que su hijo le asesinaría si él no lo mataba antes. Yevgeniy lo había sabido porque el Primer Ministro Leonidas se emborrachó en la dacha del secretario de un comité regional del Partido, amigo suyo, que estaba siendo vigilado. La conversación se grabó por accidente. Jamás hubieran osado hacerlo. Pero ya estaba hecho. El alto mando Yevgeniy había estado involucrado en esa operación desde el principio y fue de las tres personas que escucharon la cinta antes de borrarla. La oyeron a la vez y la destruyeron delante de todos nada más hacerlo.



—¿Qué pasa, Yevgeniy? Te has quedado muy pensativo —le preguntó Iván.

Yevgeniy, ya sereno, se limitó a decir para concluir el asunto:

—No, nada, cosas mías. Es el tema de la verdad... me ha dejado pensativo.

El ministro le dio una amigable palmada en la espalda, se levantó en silencio y se puso el abrigo. El Director de la KGB hizo lo mismo sin añadir nada.

—¿Así que cenarás con tu madre?

—Sí.

—Dale recuerdos de mi parte —le pidió poniéndose los guantes—. ¿Qué obra vais a ver?

—Una versión proletaria de *Romeo y Julieta*. En esta versión, hasta Julieta es ideológicamente militante.

Al abrir la puerta de esa dacha, se internaron en una nevada copiosa. Los copos eran como plumas. Sus dos coches negros estaban a cuarenta metros, uno junto al otro, al final del sendero. Los chóferes ya estaban saliendo de dentro dispuestos para abrirles la puerta. Pero aguardaban a que estuvieran más cerca, para evitar que el interior de los dos vehículos se enfriara.

El Ministro le dio un último abrazo antes de meterse en su automóvil. Tras el abrazo, Iván le recitó con una gran sonrisa la famosa cita de Shakespeare:

—*Duda que sean fuego las estrellas, duda que el sol se mueva, duda que la verdad sea mentira, pero no dudes jamás de que te amo.*

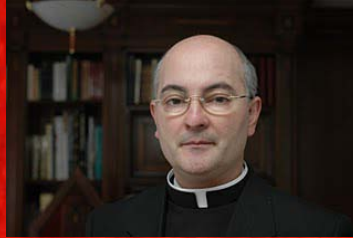
El director de la KGB le contestó con sorna:

—Sí, claro. Tú amas al Partido tanto como el Partido te ama a ti.





[www.fortea.ws](http://www.fortea.ws)



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en el campo relativo al demonio, el exorcismo, la posesión y el infierno.



En 1991 finalizó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. En 1998 se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas. Ese año defendió la tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*. En 2015 se doctoró en el Ateneo Regina Apostolorum de Roma con la tesis *Problemas teológicos de la práctica del exorcismo*.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (España). Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, pero su obra abarca otros campos de la Teología. Sus libros han sido publicados en ocho lenguas.



[www.fortea.ws](http://www.fortea.ws)